

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
VICTORIA OCAMPO

FEBRERO DE 1948

AÑO XVI

BUENOS AIRES

STUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAÑA

ANNO XXI

NUMERO DE 194

BUENOS AIRES

S U M A R I O

R O G E R C A I L L O I S

DISOLUCIÓN DE LA LITERATURA

A R T U R O S E R R A N O P L A J A

LA CITA

R . L . S T E V E N S O N

MARKHEIM

R O Q U E J A V I E R L A U R E N Z A

ELEGÍA

M Á X I M O J O S É K A H N

LOS ANTIJUDÍOS FILOSEMITAS

N O T A S

Victoria Ocampo: María de Maeztu ☆ *Guillermo de Torre:*

"Cuatro años en París" ☆ *Eduardo González Lanuza:*

A los intelectuales comunistas de Hispanoaméri-

ca ☆ El Marqués de Sade ☆ "Nueva Revis-

ta de Filología Hispánica" ☆ Confe-

rencias de Arnold Walter La-

wrence ☆ Exposición del

Teatro Francés

DISOLUCIÓN DE LA LITERATURA

Me quejaba de que las palabras no fuesen utilizadas por su sentido sino por el efecto que producen: tal es justamente el propósito de la poesía.

Así también considero que la mayor traición de que un escritor puede hacerse culpable es emplear su talento en falsear el instrumento de que se sirve. Centinela del lenguaje, le corresponde velar por su pureza, frenándolo en la pendiente por donde lo arrastra el uso desconsiderado del mismo, de todo punto imposible de evitar. Pero el orgullo lo alienta a exigirle otros servicios: el artista permanece al nivel de lo vulgar cuando sólo hace uso de las palabras para nombrar o designar. Ejerce, así, sólo un arte subalterno. Si desea mostrarse verdaderamente creador conviene que maneje la lengua de modo que ella también parezca una forma de creación continua. Por lo demás, en todos los tiempos el poeta ha seguido este camino. El poeta no utiliza las palabras como la generalidad de los hombres. Tampoco emplea siempre las mismas palabras. De buen grado recurre a palabras raras, imponentes, difíciles, que no tienen casi uso fuera de los poemas, ya que existen otras, sinónimas, para nombrar comúnmente los mismos objetos cuando no se necesita sumarles ese prestigio o esa resonancia que la poesía trata de asegurarles. Sin embargo, las palabras de la tribu le proporcionan la mayor parte de su vocabulario; se empeña entonces en darles, como dice, un sentido más puro, destinándolas a empresas maravillosas en las que a menudo su originalidad importa

más que su significado. No quiere que denominen, sino más bien que sugieran, y que un mundo parezca surgir de algunas sílabas bien escogidas. Pretende practicar una especie de magia evocativa, mediante la cual lo inefable se torna perceptible. Para tan ambicioso fin, libera el lenguaje de sus obligaciones banales de claridad y precisión, que tan enojosamente limitan en la prosa el empleo de las palabras. Éstas de ahora en adelante sólo deberán significar indirectamente. La exactitud deja de ser su primera cualidad y pasa a ocupar su puesto cierto poder de actuar sobre la imaginación o sobre la sensibilidad, que no está bien definido y del cual, en consecuencia, es posible esperar resultados sublimes.

Siempre ha sido en la poesía donde el lenguaje se ha alejado más de su uso común, pero también es en ella donde su empleo se ha visto más estrictamente reglamentado. En efecto, allí se encuentra sometido a numerosas trabas nuevas: el ritmo, el metro, la rima, extraños todos ellos a la función propia del discurso. Ninguno se refiere al sentido de las palabras, del que no se preocupan en absoluto. Por el contrario, rigen los modos formales, externos y, por decirlo así, musicales de la expresión. Un código detallado, a veces meticuloso, discrimina lo permitido y lo prohibido. Impide los encuentros de vocales, determina los lugares de corte y de pausa, distribuye los tiempos fuertes y los débiles, gobierna las diversas disposiciones de las rimas. Por último, sea cual fuere el procedimiento de que se trate, no existe casi nada que pueda parecer no haber sido previsto por una jurisprudencia tradicional, casi nada en que ésta se resigne a dejar la decisión en manos del poeta. Pretende regimentarlo todo, pero en un solo dominio, el que concierne al oído y que es aproximadamente el único en el que no se interesa el uso común. Ése, como la prosa, que le sigue tan de cerca, atiende en primer término y casi exclusivamente al sentido de las palabras, a la claridad, a la precisión y a la coherencia del discurso. Por el contrario, al poeta le es permitido en esto una gran licencia, ganando así por un lado lo que pierde por otro. Se admite que, para él, inspiración vale razón. Armonía vale razón, y hasta en rigor se admite que la rima valga razón.

Rápidamente se llega a una especie de lenguaje sensual, emparentado con las artes plásticas, en el que decididamente la manera de decir vale más que lo que se dice.

Esto es aún poco: lo que se dice, inseparablemente de la manera de decirlo, no tiene en última instancia existencia autónoma. El autor desea aquí comunicar más bien un estado de ánimo que una idea, no hacer entender lo que piensa sino hacer experimentar lo que siente; es por esto que lo que expresa importa poco al lado de la manera que ha elegido para expresarlo: empleo singular del verbo en el cual el contenido del mensaje no depende solamente del sentido de las palabras, sino también, y a veces más ampliamente, de las cualidades de esa pulpa que en ellas sobrepasa su significado: aquélla otorga a éste un soporte sensible que le es en principio extraño, aunque el hábito hace casi del todo imposible que se los separe. Sin embargo, héla aquí ocupando el primer lugar. Por otra parte, el aumento de obligaciones a las que se someten las palabras, se concreta tan sólo a sus características plásticas. El poeta se consagra a sacar partido de ellas, reservando para su fantasía el beneficio de un correspondiente aumento de libertad. No importa que los signos se refieran sin ambigüedad a un objeto definido, desde que se ha terminado de especular principalmente sobre su significación.

La poesía resulta así, por su propia naturaleza, el campo de las letras más próximo a las artes. Utiliza o se precia de utilizar las palabras como la pintura lo hace con los objetos: por sus luces y matices. Sostenía yo que el pintor emplea los colores como el escritor quisiera emplear las palabras. Es necesario agregar que en la pintura son los objetos los que significan. Son ellos los que representan. No habrá que sorprenderse, pues, si el pintor se esfuerza por prescindir de ellos en el momento mismo en que la poesía se precia de descuidar el sentido de las palabras. Palabras y cosas abandonadas, despojadas de su función útil, desnaturalizadas, en fin, y reducidas a su materia y sus virtudes sonoras y luminosas, tales son los elementos extraídos por una doble alquimia de los diccionarios paralelos del universo y del lenguaje.

Cuando la poesía y la pintura despreciando, una como otra, el tema, se niegan a ofrecer, la primera, un discurso inteligible a la conciencia. la segunda, un panorama identificable a los ojos, acentúan aunque en grados diferentes un carácter común y que se encontraba hasta entonces en ellas como enmascarado por una larga costumbre, casi una segunda naturaleza, que era en una, el de significar; en la otra, el de representar. Por este camino se acercan a la música, en donde los sonidos, a diferencia de las figuras y de las palabras, se expresan por sí mismos, sin que deba forzárseles a esta desnudez despojándolos de su oficio ordinario. En esto la poesía colma de golpe su retraso; la perjudicaba el que las palabras se encuentren más ligadas que las formas a una significación precisa. Pero ahora sabe hacerla olvidar por medio del ritmo, la armonía y todas las sensibles delicias mediante las cuales halaga el oído. Se ingenia en rivalizar con la música, y le encanta transmitir un mensaje que depende cada vez menos de las propiedades serviles del discurso.

Sin embargo, el lenguaje permanece rebelde a una tarea que tiende a desviarlo de su función elemental. No se puede lograr que no signifique algo. La poesía, por lejos que lleve su audacia, no podría evitar el empleo de las palabras, es decir, de los signos sonoros que poseen un sentido definido. Se muestra aún menos capaz de prescindir de los sonidos articulados, como sucede en el canto con las vocalizaciones. El sentido de las palabras constituye para ella, para el ensueño y para el delirio mismo, un apoyo indispensable. No por ello deja el poeta de acariciar el sueño de tal desenvoltura. La presiente, la desea y bien pronto la intenta. Proclama su intención de liberar el lenguaje.

¡Admirable proyecto! Iba yo a aplaudirlo sinceramente cuando me pregunté qué era aquello de que importaba tanto liberar este lenguaje cautivo. La respuesta no es dudosa. Puesto que no son tantas las servidumbres que pesen sobre él y que se trabaja por eximirlo de todas. Se lo dispensaría de expresar lo que la prosa se basta para decir y, al mismo tiempo, de obedecer a las sujeciones especiales de la poesía.

Lógrese éxito en esto y el lenguaje, independizado de ambos lados,

sin sentido ni número ya, será verdaderamente libre. Será también, quizá, enteramente vano. Temo que las consecuencias de una resolución tan simple y tan loable en su principio, en la práctica se nos muestren ilimitadas en su desenvolvimiento y nada menos que desastrosas para el lenguaje mismo.

DESCRIPCIÓN DE LA POESÍA MODERNA

Corruptio optimi pessima

De estas consecuencias he aquí la primera y no la más desdeñable. Por la poesía la literatura se acerca al arte propiamente dicho, del cual lo aleja, quiéralo o no, el hecho de emplear palabras; éstas poseen una significación que, desbordando infinitamente el dominio de arte, cubre aproximadamente el imperio íntegro del poder humano. Allí quedan comprometidas, y con ellas la literatura por ellas compuesta. Pero la poesía, menos manoseada que las otras formas del discurso, parece, gracias a obligaciones y franquicias igualmente excepcionales, elevarse hasta una condición privilegiada. En su conjunto, la literatura aspira a la misma suerte sin poder obtenerla, en tanto continúe comprometida en la lengua común.

Se llega entonces, en este punto, a que el poeta, que siempre se ha sentido con más deberes que el prosista y que, a causa de este exceso de deberes, se cree, más que él, artista y escritor, desprecia el ser lo uno y lo otro. Comienza por oponer literatura y poesía, en vez de considerar el verso como una escritura más cuidada, más convencional, más regulada, y por todas estas razones, más literaria que las otras. Hace aún más: separa verso y poesía. La versificación pasa por el colmo

odioso del artificio, donde se observa bien a la literatura hundirse en vano, y la poesía se convierte en no sé qué especie de revelación prodigiosa y libertad admirable ante lo cual todo lo demás debe humillarse.

Repudiando la literatura, considerando el arte del verso como un obstáculo a sus altas pretensiones, más bien que como el medio de apoyarlas, la poesía desea que se la asimile a esas disciplinas de las que no puede afirmar seriamente que forman parte de ella misma: música y álgebra, magia y encantamiento, misticismo y alquimia... Olvido, ciertamente, algunas; precisa mucha oscuridad para disimular estos diversos fraudes. De manera que la oscuridad se convierte en garantía suprema de la poesía, casi en la condición de su existencia. Al menos, por estas tinieblas se la reconoce como poesía. Ellas prueban que las palabras no fueron empleadas como de costumbre y que la razón no intervino en su ordenamiento.

Un poema que sea inteligible, que se proponga un objeto, que traduzca en lenguaje claro, sin un desorden de metáforas desconcertantes, una idea, un sentimiento y hasta una emoción, es condenado inmediatamente y puesto al nivel de la prosa, o sea al nivel de la literatura.

Se insiste, pues, para que la poesía renuncie al propósito común de todo lenguaje. Expresamente se le asigna como función propia la de desorientar el espíritu. Se exige que sea absurda e incoherente: prueba de que surge sin intermediarios de esos abismos turbios en donde la conciencia rechaza desordenadamente sus desechos, taras e inmundicias. En esos estercoleros fermentan continuamente los residuos innobles o fútiles del pensamiento riguroso, de la sensibilidad educada, de la acción consecuente. Una extraña inversión, efecto directo de esta actitud rebelde, de la que ya he hablado, les atribuye un valor decisivo. Los sueños, los delirios, las obsesiones, los caprichos del azar, todas las extravagancias que acosan al hombre para distraerlo, paralizarlo o enloquecerlo, parecen suministrar al poeta los elementos principales de su genio. Como ni la voluntad ni la inteligencia tenían acceso a este infierno, el poeta lo reivindica sin tardanza para su reino. Con ello, su arte se

encuentra muy simplificado. Puesto que es evidente que sólo un tumulto de imágenes o de clamores discordantes puede imitar su sombría turbulencia.

De ahí la fisonomía singular de la poesía moderna: desaparecen casi por completo las articulaciones del discurso, se destierra a menudo la puntuación, la sintaxis se reduce a la simple yuxtaposición. En vano buscaremos una frase organizada: la reemplazan una serie de nombres o de epítetos. Se emplean con preferencia los verbos en infinitivo, como si el conjugarlos fuera un prosaísmo. Las palabras, por último, aparecen asociadas, no diré sin tener en cuenta su sentido, sino, más bien, en contra de su sentido mismo, de manera que el espíritu no parezca ceder en lo más mínimo a la presión, pese a todo poderosa, del significado que tienen. En suma, al término de una serie de esfuerzos negativos, puesto que no es natural ni siquiera fácil servirse así de las palabras evitando sus relaciones esenciales, el poeta emprende la tarea de investir el lenguaje de una misión fabulosa de la cual es prohibido y, además, imposible formarse una idea clara; de la cual rehusa precisar las ventajas con el objeto de proclamarlas infinitas; pero que corresponde, en el fondo, a una necesidad fácil de reconocer: la de desviar el lenguaje de su razón de ser.

Todo ocurre como si el poeta no pudiera soportar el que las palabras constituyan un repertorio coherente de signos cuyo valor está fijado por el uso y que, al servir a los diferentes espíritus de vehículo y vínculo, aseguran constantemente su comunicación. El poeta considera que debe remozarlas sin cesar, y esta tarea es legítima. Pero, poco satisfecho de este oficio demasiado modesto, donde no entra suficiente creación y, así lo cree también, poesía, desea nombrar las cosas como si fuera por primera vez, bautizando a su gusto todo lo que designa. Entonces se encarniza en obtener un idioma desnaturalizado y vacío, el único que conviene a su presuntuoso objetivo. Necesita un instrumento dócil. ¿Cómo descubrir uno más flexible que este lenguaje artificial, que no conserva de tal sino la apariencia? Le deleita poder plegarlo

sin esfuerzo a sus fantasías más extravagantes. Pero ¿qué resistencia podría ofrecerle este desecho tan lamentable, que él denomina triunfalmente lenguaje libre o lenguaje puro?

ESFUERZOS POR DESNATURALIZAR EL LENGUAJE

La literatura soporta mal el quedar a la zaga de la poesía, con la cual sus fronteras están mal trazadas desde que la poesía ya no consiste en el arte del verso. Entonces se aplica a seguirla en sus incursiones más temerarias. El prosista, a su vez, se consagra al lenguaje mismo. En lugar de emplearlo para expresar lo que quiere comunicar y considerarlo como un instrumento que toma con este fin y que restituye como lo ha tomado, hace del lenguaje el objeto mismo de su preocupación. Dedica su empeño a modificarlo: inventa palabras, deformando aquéllas que existen ya o fabricando otras enteramente nuevas.

Introduce algunas como de contrabando en sus relatos o se regocija en escribir con ellas solas una historia ordenada. Otras veces se complace en diversas especies de juegos de palabras o "calembours", donde la imagen parece desvanecerse. Atribuye un valor poético a las confusiones que todo esto acarrea. Y llega aún a entregar deliberadamente al azar el cuidado de reunir las palabras. Convirtiendo una diversión infantil en procedimiento literario, casi en oráculo, confiere un valor de choque o de extrañamiento a la incoherencia de frases en las que cada parte fué escrita en la ignorancia de las otras. De igual modo un maestro de cierta escuela literaria recomienda forzar la pluma a correr sobre el papel lo más rápidamente posible a fin de evitar que el texto resulte sometido al menor control. Un autor travieso confunde

las locuciones ya hechas, disociando sus elementos para combinarlos en seguida de manera burlesca. Y, esta vez, pronto nace del procedimiento literario una especie de juego de sociedad. Más rigurosamente aún, alguien se consagra a construir una especie de lenguaje total: funde varias lenguas en una sola, descompone sus vocablos y, con sus restos, reconstituye otros que por sus sonoridades nos remiten a diferentes idiomas y cuya significación resulta una mezcla de sentidos distintos. Cada palabra se convierte así en un jeroglífico, siendo necesaria mucha ciencia y paciencia para descifrarlo; pero no aporta gran ventaja el descubrir su solución. No hablo de los recién llegados: advertidos de que las palabras están formadas por letras, pretenden discernir las cualidades expresivas de estas últimas y entonces desechan las palabras como adquisiciones tardías y sospechosas, impropias para expresar la crudeza real de las sensaciones, dedicándose a emplear separadamente cada letra. Más aún: se ponen a dibujar nuevos signos para expresar los ruidos que escapan al alfabeto y que creen necesarios a su literatura.

De tales ensayos, algunos pueden pasar apenas por payasadas; otros, en cambio, han sido proseguídos con una perseverancia y una aplicación dignas de mejor causa. Frívolos, se los toma fácilmente por serios. Serios, es extraño que no lleguen a una consecuencia frívola. De todas maneras, parecen estar desde el comienzo condenadas a la esterilidad: ¿expresan algo acaso que no revele bien pronto ser el producto monótono de una mecánica fatigosa?

¿A qué responden esas búsquedas de las que sólo puede esperarse un provecho tan magro que es en realidad inexplicable que se las emprenda y, más aún, que haya quien se obstine en proseguirlas? ¿Y de dónde surge el éxito de las más fútiles de entre ellas? ¿Cómo es que escritores llenos de condiciones y recursos pierden su tiempo en experiencias que indefectiblemente fracasan? Sin embargo, no les falta espíritu crítico: es él, la mayor parte de las veces, lo que los ha llevado a ese extremo. ¿Qué milagros, qué prodigios esperan del ingenio que gastan?

Confieso no entenderlo. Veo muy bien, a la inversa, que estos auto-

res se encarnizan con el lenguaje como si no tuvieran más que hacer que atormentarlo. Se conducen como el niño que, cansado de un juguete, se pregunta cómo podría utilizarlo aún. Lo da vueltas y más vueltas entre sus manos hasta que le encuentra un empleo imprevisto del que no se libra sin menoscabo el desgraciado juguete. Pero al instante se cansa de esta distracción subsidiaria. Inventa una segunda, más alejada de la naturaleza del juguete, y que lo arruina un poco más; después otra y otra, decididamente absurdas y de efectos irremediables. Sucede también que el niño desarma el juguete. Poco importa. En ambos casos termina por rechazar con desdén los desechos irreconocibles y por buscar un juguete nuevo. ¿Qué hacer, en efecto, con los trozos y las piezas del viejo?

Pero el lenguaje no es un juguete. Y además no es reemplazable. Allá los escritores si se disgustan de su uso legítimo y se divierten en torturarlo de mil maneras, seguros de que podrán siempre manejarlo como les plazca. Una clientela establecida se regocija, por otra parte, con sus piruetas. Los aplaude, para olvidarlos con frecuencia un momento después. Nadie, en fin, piensa en limitarles su fantasía. Parece que el lenguaje no sufre sino rasguños bien superficiales. Su estado general no es afectado sensiblemente. Todos continúan sirviéndose de las palabras en la forma acostumbrada. El público ignora muy a menudo estos juegos intrascendentes y, cuando los conoce, le parece más razonable reírse que indignarse: estos caprichos —dice— ocupan a los inteligentes. He ahí la prueba de que no son ridículos, suponiendo, claro, que no sean nada más que caprichos, y no audaces exploraciones que se verían recompensadas con un descubrimiento importante. Además, resultan divertidos. No perjudican a nadie y entretienen a unos pocos. Para alarmarse de sus intenciones es preciso poseer un temperamento bien sombrío.

No los contradigo. Observo, sin embargo, que autores tales, por hábiles que sean para jugar con el lenguaje, perjudican en primer lugar sus obras. Concebía para el escritor proyectos más altos. No había

sospechado que se contentara con impresionar al público con simples juegos de manos. Imaginaba que emplearía el lenguaje para conversar con el hombre de sus debilidades, sus alegrías, sus esperanzas, sus desgracias, sus deberes; en resumen, de todo aquello que el lenguaje puede enseñarle o recordarle. No había previsto que se limitaría, por mil destrezas barrocas o sabias, a concentrar la atención de su lector en el instrumento mismo de ese discurso infinito, sin permitirse jamás hacer de él el uso a que todos sabemos que está destinado.

Curioso error el de descuidar el trabajo para sólo ocuparse del instrumento. Si al menos fuera para conservarlo. No hay instrumento que no se desgaste y ensucie. El lenguaje no es una excepción. Siempre tiene necesidad de que se lo pule, más aún, de que se lo revise y de nuevo se lo ajuste, puesto que se descompone fácilmente. Por un lado, demasiado juego en los engranajes, quiero decir, demasiada vaguedad y confusión entre palabras vecinas; por otro, alguna pieza se ha atascado: un obstáculo imprevisto impide que se reúnan o que se opongan tales términos con la libertad que convendría. El vocabulario, en fin, está falseado: no nos proporciona ya una imagen exacta y precisa de las cosas. He dicho ya qué catástrofes podría ocasionar semejante separación entre las palabras y sus soportes. Contaba con los escritores para que pusieran remedio a ello, para que, al menos, se opusieran a ello con todo su poder, que no es quizá tan grande como supongo. No considero, por otra parte, que ésta sea su obligación principal, pues no aprobaría que un obrero se preocupara solamente de limpiar su herramienta, en vez de servirse de ella.

Sin embargo, para usarla mejor es conveniente que la cuide y la mantenga en buen estado. Esta solicitud forma parte de su vocación y es por ello que considero al hombre de letras como al conservador natural de la lengua. Ciertamente, no le está prohibido innovar. Una labor de invención le corresponde, por el contrario. Pero invención no es capricho. Es cálculo y habilidad reunidos, disciplina de la imaginación, mil exigencias que satisfacer simultáneamente con el objeto de

obtener más eficacia o delicadeza. De esta manera, el instrumento se perfecciona siempre más. Se hace susceptible de ejecutar a maravilla trabajos de una prodigiosa sutileza.

Tal parece precisamente el deber especial del escritor frente al lenguaje, comparable al de todo artesano frente a su herramienta. Corre el riesgo de exagerarlo y de exigir a su instrumento cada vez menos por temor de perjudicarlo, o porque la fineza, a la que rinde culto, lo vuelve inepto para los trabajos más pesados, que siguen siendo los más importantes: aquellos que se refieren a necesidades primordiales. Encontramos esta atención demasiado escrupulosa al lenguaje en el origen de todo arte que transforma la literatura en una especie de surtidor verbal, en el cual la habilidad del virtuoso es aplaudida como el solo mérito digno de elogios. El artista no tarda mucho en ejecutar trabajos afiligranados, a los que falta sustancia. Los escritores que se consagran a confundir, a violentar o a buscar con cuidado las propiedades del lenguaje, prestan también una atención excesiva a su herramienta. Pero no para cuidarla ni para aumentar su precisión. Desconocen deliberadamente su función evidente. Como a los niños anteriormente aludidos, les gusta maniobrarla a destiempo, o emplearla para un uso muy distinto del que le es propio. Piensan en seguida que también da lo mismo pintarla de rojo, transformarla en trampa para ratas o sacarle chispas o extraños ruidos. No hay una idea demente que no les seduzca, una vez que han renunciado a la razón. De esta manera no pasa mucho tiempo antes de que no les quede de la herramienta sino algunos restos dispersos.

No se diga para excusar a estos vándalos que con tales iniciativas los escritores disminuyen aún más su poder minúsculo y que el idioma no se resiente demasiado por sus aberraciones. No por ello se consagran menos, ésta es la verdad, a estropear íntegramente el escaso poder de que gozan, y bien poco les importaría cometer estragos mayores. Considero su actitud más funesta que su acción: invita a conceder a las palabras una desastrosa independencia y aconseja al primero que llega a servirse de ellas arbitrariamente. Eso es, dicen, libertar las palabras,

hacerlas jugar, dejarlas unirse a su gusto. Más claramente, en una forma u otra, separarlas de su significación, relajar los vínculos que las unen a las cosas y a las ideas. Ahora bien: es esencial que las palabras permanezcan esclavizadas y sometidas a las más rigurosas servidumbres. Liberarlas de toda obligación de exactitud y de verdad no significa solamente privarlas de valor, arruinar la literatura que es arte y ciencia de expresión; significa corromper el conjunto de las relaciones humanas, las cuales tienen al lenguaje por condición y por vehículo.

Importa poco que el daño parezca lejano e insignificante. En este ámbito todo se refuerza y extiende. El germen fermenta, se propaga y pronto se convierte en una epidemia. Basta descuidar algo por mucho tiempo, sea lo que fuere, para encontrarse al fin con su destrucción. Agregaré una última palabra: era lícito considerar el lenguaje como inaccesible, al abrigo del menor ataque o discusión. En efecto, cumple tan bien las múltiples funciones que abarca que se vuelve casi invisible. Escapar a la reflexión común lo protege. De esta manera algunas pocas instituciones son tan fundamentales que se olvida que podrían no ser o ser de otra manera. Se asemejan entonces a la naturaleza, y como a la naturaleza no se piensa en discutirlos. Son y eso basta. El lenguaje pertenece a esta especie de sedimentos. Para que se llegue, en una sociedad, a caer en la cuenta de que existe, a examinarlo con curiosidad, a practicar sobre él vanas experiencias con el fin de divertirse, es preciso que muy pocas cosas estén todavía a salvo en esa sociedad.

ROGER CAILLOIS

(Traducción de Lily C. de Ibáñez)

L A C I T A

*¿Me estoy haciendo esperar
o estoy esperando yo?*

Metido estoy en tiempo sin medida
—la vida no se mide, que nos pesa—
y es éste callejón y sin salida,

A veces la esperanza pasa y besa
mi recoveco lóbrego y extraño
y al tacto de las horas queda ilesa.

Y a veces, en mi escala, es un peldaño,
una farola sola que me alumbra
el tiempo de mi espera año tras año.

Y a veces, las más veces, se vislumbra
una pena granate que ilumina
con perfume de olvido la penumbra.

En este callejón, en esta esquina,
en esta macilenta callejuela,
en esta herida abierta, en esta espina

*¿me estoy haciendo esperar
o estoy esperando yo?*

No son horas ni días, son rebaños
de escuálidas semanas espectrales,
de meses que en manada forman años.

Son siglos perezosos, animales
de hueso cavernario y vespertino
y mito de recuerdos prenatales.

Son un grano de arena en el destino
de un tiempo sin reloj y sin arena
que por mi cuenta marcha peregrino.

Y en ese amor oculto a mi cadena
que aguanta como un pueblo, como España,
la cuerda que le cuelga y le despena

*¿me estoy haciendo esperar
o estoy esperando yo?*

Tengo todo aplazado hasta ese instante.
Mas él me aplaza a mí, se escandaliza
y a cada paso se halla más distante.

El fuego de sus labios es ceniza
al beso señalado. Y en su lirio
hay una sierpe azul y escurridiza.

Tiniebla iluminada por un cirio
o párpado claustral de mis angustias
en esa brasa viva, ese martirio

*¿me estoy haciendo esperar
o estoy esperando yo?*

¿Acaso llego tarde o es temprano?
¿Acaso ya no hay tiempo? ¿O sólo hay tiempo,
espera y más espera y siempre en vano?

¿O acaso mi esperar es contratiempo,
castigo sutilísimo, acechanza
de un orden mal regido y a destiempo?

¿Serán sólo renunciados, semejanza,
fallo de mi paciencia a lo que pinta,
descabalado juego de esperanza?

Escrito está con sangre, no con tinta
el día y el lugar para el encuentro.
¿Por qué su amargo rostro se despinta?
*¿Me estoy haciendo esperar?
¿O estoy esperando ya?*

Ya me mira la muerte paso a paso:
que voy siendo más joven cada día
para su beso azul, para mi ocaso.

Y en esta cita triste, ya tan fría,
el rostro de mi amada se me hunde,
se va volviendo máscara vacía.

A veces de sus ojos se difunde
un antiguo esplendor que no se ensaña,
una fatalidad que no confunde.

Y a veces, muchas veces, en mi entraña
es un puro perfil que me perdona,
es una piel antigua y es España.

Mas hay un esperar que desmorona,
una fatiga infiel que de impaciencia
se va labrando túnica y corona.

Un perro, un alarido, una presencia
de ijares de pesar y desconsuelo
que a puro desconsuelo nos sentencia.

Un animal con hambre de desvelo
me oculta, con mi amor, hasta mi amada,
me niega, con mi patria, hasta mi suelo.

Una zarpa feroz y malograda
que borra con su garra de mi suerte
la almendra de la cita conquistada.

Que nubla la esperanza y la pervierte
y en vez de rostro amado, suelo, España,
nos muestra sólo espera, y sólo muerte.

Y en ese agonizar, en esa saña
*¿me estoy haciendo esperar
o estoy esperando yo?*

ARTURO SERRANO PLAJA

M A R K H E I M¹

—Sí —dijo el anticuario—, nuestras ganancias varían según el caso. Algunos parroquianos son ignorantes, y entonces me beneficio porque los supero en conocimientos. Otros no son honrados —aquí alzó la bujía, de modo que la luz diera violentamente sobre su visitante—, y entonces —continuó— saco provecho de mi virtud.

Markheim acababa de entrar desde la calle iluminada por la luz del día, y sus ojos no se habían familiarizado aún con la penumbra de la tienda. Al oír aquellas cáusticas palabras y sentir la presencia cercana de la llama parpadeó penosamente y desvió la mirada. El anticuario se rió entre dientes.

—Usted viene el día de Navidad —prosiguió—, cuando sabe que estoy solo en mi casa, con las persianas bajas y decidido a rechazar todo negocio. Pues bien, tendrá que pagarlo; tendrá que pagar por el tiempo que me hace perder, cuando debería estar examinando mis libros; tendrá que pagar, además, por cierto aire que hoy advierto especialmente en usted. Soy la esencia misma de la discreción y no hago preguntas embarazosas; pero cuando un parroquiano no puede mirarme a los ojos, tiene que pagarlo.

¹ Versión española de *Markheim*, firmada con el lema Elía, que ha obtenido el premio único de 400 pesos en el Concurso de Traducciones de SUR, cuyo jurado estaba integrado por María Rosa Oliver, Ricardo Baeza y Adolfo Bioy Casares.

El anticuario volvió a reírse; luego, con el tono de voz que empleaba para los negocios, aunque sin abandonar una nota de ironía:

—¿Puede usted darme, como de costumbre, una clara explicación de cómo llegó a sus manos el objeto? —continuó—. ¿Todavía la colección de su tío? ¡Coleccionista notable, señor!

Y el anticuario, pequeño, pálido, cargado de espaldas, se puso casi de puntillas, lo miró por encima de sus anteojos con armazón de oro y movió verticalmente la cabeza en señal de incredulidad. Markheim le devolvió la mirada, pero la suya iba cargada de infinita compasión y una leve sombra de horror.

—Esta vez —dijo— está usted equivocado. No he venido a vender, sino a comprar. No vine a deshacerme de ninguna curiosidad; la colección de mi tío está completamente agotada; y aunque se hallara intacta, me ha ido bien en la Bolsa; sería más probable que la aumentara, y no lo contrario. Mi diligencia de hoy no puede ser más sencilla: busco un regalo de Navidad para una dama —prosiguió, adquiriendo mayor facundia y soltura a medida que avanzaba en el discurso que había preparado— y sin duda merece usted mis disculpas por molestarlo de esta manera con asunto tan trivial. Pero ayer me olvidé, y esta noche debo presentar mi regalo en la comida; como usted bien sabe, un casamiento ventajoso no es nada despreciable.

Siguió una pausa, durante la cual el comerciante pareció considerar incrédulamente esta explicación. El tic-tac de los muchos relojes en el extraño amontonamiento de la tienda, y el apagado correr de los coches en una calle próxima, llenaron el intervalo de silencio.

—Pues bien, señor —dijo el anticuario—, que así sea. Al fin de cuentas es usted un viejo parroquiano; y si, como dice, se le presenta la oportunidad de un casamiento ventajoso, no quisiera ser un obstáculo. Aquí tiene algo adecuado para una dama —prosiguió—, este espejo de mano, siglo XV, garantido; proviene de una buena colección, además,

pero me reservo el nombre en interés de mi cliente, que como usted, mi estimado señor, era sobrino y único heredero de un coleccionista notable.

El comerciante, al tiempo que decía todo esto con su voz seca y mordaz, se agachó para sacar el objeto de su sitio; y en ese instante un estremecimiento agitó a Markheim, un sobresalto de pies y manos, mientras su rostro mostraba la súbita irrupción de muchas pasiones tumultuosas. Esto pasó tan rápidamente como vino y no dejó más vestigio que cierto temblor de la mano que ahora recibía el espejo.

—Un espejo —dijo con voz ronca; hizo una pausa y lo repitió más claramente—. ¿Un espejo? ¿Para Navidad? Por cierto que no.

—¿Y por qué no? —exclamó el comerciante—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo miraba con una expresión indefinible.

—¿Me pregunta por qué no? —dijo—. Vamos, mire, mire aquí, mírese. ¿Le agrada ver eso? ¡No! Ni a usted, ni a nadie.

El hombrecillo pegó un salto hacia atrás cuando Markheim lo afrontó de repente con el espejo; pero ahora, al notar que no lo esperaba nada peor, rió entre dientes.

—Su futura dama ha de ser bastante mal parecida, señor —dijo.

—Le pido un regalo de Navidad —replicó Markheim—, y me da este..., este maldito registro de años, pecados y locuras, ¡esta conciencia de mano! ¿Lo hizo adrede? ¿En qué pensaba? Dígamelo. Será mejor para usted, si lo hace. Vamos, hábleme de usted. ¿Me atreveré a suponer que usted, en el fondo, es un hombre caritativo?

El anticuario miró atentamente a su interlocutor. Aquello era muy raro. Markheim no parecía reírse; había en su rostro algo que era como un ávido destello de esperanza, pero nada de regocijo.

—¿Qué se propone? —preguntó el comerciante.

—¿No es caritativo? —insistió el otro, tétricamente—. Caritativo,

no; piadoso, no; escrupuloso, no; ni amante, ni amado; una mano para recibir dinero, una caja de caudales para guardarlo. ¿Nada más que eso? Por Dios, hombre, ¿nada más que eso?

—Le diré de qué se trata —empezó el comerciante con mordacidad, y volvió a interrumpirse con una risita—. Aunque veo que este noviazgo suyo es por amor, y que ha estado bebiendo a la salud de su novia.

—¡Ah! —exclamó Markheim, con extraña curiosidad—. ¡Ah! ¿Conque ha estado usted enamorado? Cuénteme.

—¡Yo! —exclamó el anticuario—, ¡yo, enamorado! Nunca tuve tiempo, ni tengo tiempo ahora para estas tonterías. ¿Se lleva usted el espejo?

—¿A qué tanta prisa? —contestó Markheim—. Es muy agradable estarse aquí, conversando; y la vida es tan breve e insegura que no quisiera privarme de ningún placer; no, ni siquiera de uno tan moderado como éste. Debemos aferrarnos, aferrarnos a lo poco que podemos conseguir, como un hombre al borde de un precipicio. Cada minuto es un precipicio, si se piensa; un precipicio a más de mil metros de altura; lo bastante alto para despojarnos violentamente de todo rasgo humano, si caemos. Por eso es mejor hablar cordialmente. Hablemos de nosotros: ¿por qué usar esta máscara? Seamos confidenciales. Quién sabe si no podríamos hacernos amigos.

—Sólo tengo una cosa que decirle —replicó el anticuario—. ¡Haga usted su compra, o márchese de mi tienda!

—Es verdad, es verdad —dijo Markheim—. Basta de chanzas. Al negocio. Muéstreme otra cosa.

El comerciante se agachó de nuevo, esta vez para reponer el espejo en el estante, y al hacerlo el pelo rubio y ralo le cayó sobre los ojos. Markheim se acercó un poco, con una mano en el bolsillo de su sobretodo; se enderezó y llenó sus pulmones; numerosas y diversas emociones coincidieron en su semblante: terror, horror y decisión; fascinación y

repugnancia física; su labio superior, ansiosamente contraído, dejaba asomar los dientes.

—Tal vez esto le convenga — sugirió el anticuario.

Y entonces, cuando empezaba a incorporarse, Markheim saltó desde atrás sobre su víctima. El puñal, largo, en forma de broqueta, relampagueó y cayó. El anticuario forcejeó como una gallina, se golpeó la sien contra el estante y se desplomó hecho un ovillo.

El tiempo tenía numerosas vocecillas en aquella tienda, algunas majestuosas y lentas como convenía a sus abundantes años, otras gárrulas y apresuradas. Todas ellas contaban los segundos en intrincado coro de tic-tac. A poco los pesados pasos de un muchacho que corría por la acera se abrieron camino entre aquellas vocecillas más pequeñas y dieron a Markheim la súbita y aterradora conciencia del lugar. Miró a su alrededor con sobresalto. La bujía había quedado sobre el mostrador, su llama oscilaba solemnemente en una corriente de aire y gracias a ese imponderable movimiento todo el cuarto adquiría una silenciosa animación y subía y bajaba como el mar: las altas sombras asentían, los densos borrones de oscuridad se dilataban y decrecían como si respirasen, las caras de los retratos y los dioses de porcelana se movían y ondulaban como imágenes en el agua. La puerta interior estaba entornada y atisbaba en aquel asedio de sombras con un largo resquicio de luz natural, como un dedo que señala.

De estos primeros, errantes y espantados reconocimientos los ojos de Markheim volvieron al cuerpo de su víctima que yacía extendido y sin embargo encorvado, increíblemente pequeño y extrañamente más insignificante que en vida. En aquellas ropas pobres, mezquinas, en esa postura desgarbada, el comerciante parecía un montón de aserrín. Pero mientras Markheim lo contemplaba, ese lío de ropas viejas, ese charco de sangre empezaron a adquirir voces elocuentes. Allí debía quedar; ya nadie podría hacer funcionar los diestros goznes y dirigir el milagro

de la locomoción: allí debía quedar hasta que lo encontraran. ¡Encontrarlo, ay! ¿Y después? Después esa carne muerta alzaría un clamor que resonaría por toda Inglaterra, que llenaría el mundo con los ecos de la persecución. ¡Ay!, muerto o no, éste seguía siendo el enemigo. “Un tiempo fué cuando razonabas”, pensó; y la primera palabra penetró en su pensamiento. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado; el tiempo, que había fenecido para la víctima, se había vuelto perentorio y trascendental para el asesino.

La idea permanecía aún en su pensamiento, cuando, primero uno y luego otro, con todas las variedades posibles de ritmo y de voz, uno profundo como la campana de una catedral, otro tañendo con sus atipladas notas el preludio de un vals, los relojes empezaron a tocar las tres de la tarde.

El súbito estallido de tantas lenguas en aquella cámara muda le hizo tambalear. Empezó a moverse, a ir de acá para allá con la bujía, sitiado por sombras inquietas y sobrecogido hasta el alma por reflejos fortuitos. En muchos espléndidos espejos, algunos ingleses, otros de Venecia y de Amsterdam, vió su rostro repetido y repetido, como si fuera un ejército de espías; sus propios ojos lo encontraban, lo descubrían; y el sonido de sus propios pasos, por leves que fueran, turbaba el silencio de la tienda. Y no obstante, mientras continuaba llenándose los bolsillos, sus pensamientos le acusaban, con extenuante repetición, por los mil defectos de su plan. Tendría que haber escogido una hora más tranquila; tendría que haberse preparado una coartada; no tendría que haber usado un cuchillo; tendría que haber sido más prudente y sólo saltar sobre el comerciante y amordazarlo, no matarlo; tendría que haber sido más audaz, y asesinado también a la criada; tendría que haber hecho todo de otra manera: acerbos remordimientos, fatigosa, incesante labor del pensamiento por cambiar lo que era inmutable, por hacer planes ahora inútiles, por ser arquitecto del pasado irrevocable. Mien-

tras tanto, y detrás de toda esta actividad, terrores brutales, como la fuga precipitada de las ratas en una bohardilla abandonada, llenaban de tumulto las celdas más remotas de su cerebro; la mano del policía caía pesadamente sobre su hombro, y sus nervios se sacudían a tirones, como un pez en el anzuelo; o contemplaba, en galopante desfilar, la barra, la prisión, la horca y el negro ataúd.

El terror a la gente de la calle asediaba su imaginación, como un ejército que la sitiara. Era imposible, pensó, que algún rumor de la lucha no hubiera llegado a oídos de estas gentes y aguzado su curiosidad; y ahora las adivinaba, en todas las casas de la vecindad, sentadas, inmóviles, el oído tenso; gente solitaria, condenada a pasar Navidad con sus recuerdos del pasado, súbitamente interrumpida en aquellas conmovedoras prácticas; felices fiestas familiares, acalladas de pronto en derredor de la mesa, la madre aún con el dedo levantado: todos los caracteres y las edades, pero todos, en sus corazones, acechando y escuchando y tejiendo la cuerda que iba a colgarlo. A veces le parecía que no podría moverse sin que lo oyeran; el tintineo de las altas copas de bohemia sonaba tan ruidosamente como una campana; y, alarmado por la magnitud del sonido, sintió un impulso de parar los relojes. Y luego, otra vez, en veloz transición de sus terrores, el silencio mismo del lugar le parecía una fuente de peligro, algo que sin duda impresionaría y helaría al transeúnte; y entonces sus pasos eran más osados, y andaba bulliciosamente entre los objetos de la tienda e imitaba con esmerado coraje los movimientos de un hombre atareado en los menesteres de su propia casa.

Pero ahora las diferentes alarmas lo arrastraban de tal modo hacia distintos lados, que mientras una región de su mente permanecía alerta y sagaz, otra temblaba al borde de la locura. Una nueva alucinación se aferró a su credulidad. El vecino que aguzaba el oído con semblante pálido junto a su ventana, el transeúnte detenido en la acera por espantosa conjetura podían sospechar, cuando mucho, pero no saber: única-

mente sonidos atravesaban las paredes de ladrillo y las ventanas cerradas. Pero aquí, dentro de la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí; había visto marcharse a la criada, en busca de su enamorado, con sus pobres galas domingueras, “día de salida” escrito en cada cinta y en cada sonrisa. Sí, estaba solo, por supuesto; y sin embargo, en alguna parte de la casa vacía, arriba de su cabeza, le parecía oír el delicado andar de unos pasos; estaba seguro, inexplicablemente consciente de alguna presencia. ¡Ay!, sin duda; su imaginación la seguía por todos los cuartos y rincones de la casa; era una cosa sin rostro, pero con ojos para verlo; a veces una sombra de sí mismo y otras veces la imagen del comerciante muerto, animado de nuevo por la astucia y el odio.

De cuando en cuando, mediante un violento esfuerzo, lanzaba una mirada a la puerta abierta que aún parecía repeler sus ojos. La casa era alta, la claraboya mezquina y sucia, el día cegado por la niebla; la luz que se infiltraba hasta el piso bajo era muy tenue y se detenía confusamente en el umbral de la tienda. Pero ¿acaso no se balanceaba una sombra suspendida en aquella franja de dudosa luminosidad?

De repente, en la calle, un caballero muy jovial empezó a golpear con un bastón la puerta de la tienda, acompañando sus golpes con gritos y burlas en que continuamente se llamaba al comerciante por su nombre. Markheim, transformado en un bloque de hielo, miró al hombre muerto. ¡Pero no! Ahí estaba, inmóvil; se había fugado mucho más allá del alcance de aquellos golpes y gritos; estaba hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que antes él hubiera discernido a través del tumulto de una tempestad, se había vuelto un sonido vacío y vano. Y a poco el caballero jovial desistió de su propósito y se alejó.

Era ésta una manifiesta sugestión de que debía darse prisa en hacer lo restante, salir de esa vecindad acusadora, sumergirse en el baño de las muchedumbres londinenses, y alcanzar, al otro lado del día, ese puerto de seguridad y de aparente inocencia: su cama. Ya había venido un

visitante; en cualquier momento podría seguirlo otro más obstinado. Haber consumado el hecho y a pesar de ello no obtener el beneficio sería un fracaso detestable. El interés de Markheim era ahora el dinero; y como medio para llegar a él, las llaves.

Por encima del hombro echó una mirada hacia la puerta abierta, donde la sombra permanecía aún, estremeciéndose; y sin repugnancia consciente del pensamiento, pero con un temblor en las entrañas, se acercó al cuerpo de su víctima. Ya había desaparecido de ella todo carácter humano. Como si fuera un traje mal relleno de afrecho, los miembros yacían desparramados, el tronco doblado; y no obstante aquella cosa lo repelía. Aunque tan oscura y mísera de aspecto, temía encontrarle un significado al tocarla. Tomó el cuerpo por los hombros y lo volvió de espaldas. Era asombrosamente liviano y flexible, y las piernas admitían las posturas más extrañas, como si estuvieran quebradas. El rostro carecía de toda expresión, pero estaba pálido como la cera y con una mancha horrible de sangre en una sien. Aquélla fué, para Markheim, la única circunstancia desagradable. Lo transportó instantáneamente a cierto día de feria en una aldea de pescadores: un día gris, un viento sibilante, una multitud en la calle, el resonar de los bronce, el estrépito de los tambores, la voz nasal de un cantor de coplas; y un niño que iba de acá para allá, sumergido en medio de la multitud y dividido entre el interés y el miedo, hasta que, al acercarse al lugar de más público, contempló una casilla y una gran pantalla con ilustraciones, tristemente dibujadas, pero en colores llamativos: Brownrigg con su aprendiz, los Manning con su huésped asesinado, Ware en las garras mortales de Thurtell, y otros muchos crímenes famosos. La cosa se le presentaba clara como una alucinación: volvía a ser aquel niño; miraba una vez más, y con la misma sensación de repugnancia física, estas viles pinturas; aún lo aturdí el aporrear de los tambores. Volvió a su memoria un compás de la música de aquel día; y entonces, por primera

vez, sintió un malestar, y luego náuseas, una súbita flojedad en las coyunturas que debía resistir y dominar al instante.

Juzgó más prudente hacer frente a estas consideraciones que huir de ellas, y escudriñó con mayor osadía el semblante del muerto, obligando a su mente a comprender la índole y magnitud de su crimen. Hacía tan poco que aquella cara había reflejado todas las mudanzas del sentimiento, que aquella boca pálida había hablado, que aquel cuerpo había estado ardiendo con energías gobernables, y ahora, por obra suya, aquel trozo de vida se había parado, como el relojero detiene con un dedo el andar del reloj. Así razonaba en vano; no podía remontarse hasta una conciencia más arrepentida; el mismo corazón que se había estremecido ante las efigies pintadas del crimen contemplaba impasible su realidad. Apenas sentía un destello de piedad por ese ser vanamente dotado de todas las facultades que pueden hacer del mundo un jardín encantado, ese ser que nunca había vivido y que ahora estaba muerto. Pero de contrición, no, ni un estremecimiento.

Luego, dejando de lado estas ideas, encontró las llaves y avanzó hacia la puerta de la trastienda. Afuera había empezado a llover vivamente, y el ruido de la lluvia sobre el tejado había ahuyentado el silencio. Como cavernas con goteras, los cuartos de la casa estaban envueltos en un eco incesante que llenaba el oído y se mezclaba con el tic-tac de los relojes. Y al aproximarse a la puerta Markheim creyó oír, en respuesta a su cauteloso pisar, otros pasos que subían la escalera, retirándose. La sombra palpitaba aún vagamente sobre el umbral. Echó a sus músculos una tonelada de resolución, y abrió la puerta.

La luz tenue y brumosa del día rielaba oscuramente sobre el piso y los peldaños desnudos, sobre la reluciente armadura apostada, alabardada en mano, en el rellano, y sobre las obscuras tallas en madera y las pinturas en sus marcos que colgaban en los paneles amarillos de la pared. Tan recio era el martilleo de la lluvia en toda la casa, que Markheim

empezó a distinguir en él muchos sonidos diferentes. Pasos y suspiros, las picadas de regimientos marchando a lo lejos, el tintineo de las monedas en la caja y el crujido de puertas furtivamente entreabiertas parecían mezclarse con el acompasado golpeteo de las gotas sobre la claraboya y el chorrear del agua por las cañerías. La sensación de que no estaba solo lo fué dominando cada vez más, hasta llevarlo al borde de la locura. Las apariciones lo acosaban y cercaban por todas partes. Las oía moverse en los cuartos del piso alto, oía ponerse en pie al hombre muerto que había dejado en la tienda; y al empezar a subir con gran esfuerzo la escalera, huyeron ante él pasos ahogados y otros lo siguieron sigilosamente. Si al menos fuera sordo, pensó, ¡con qué tranquilidad dominaría su espíritu! Pero después, siempre escuchando con renovada atención, se bendecía por aquella insomne razón que vigilaba las avanzadas y defendía su vida como seguro centinela. Su cabeza se volvía sin cesar de un lado a otro; sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, miraban hacia todas partes y de todas partes recibían como semi-recompensa el vestigio de algo innominado que desaparecía. Los veinticuatro escalones que lo llevaron al primer piso fueron veinticuatro agonías.

En aquel primer piso las puertas estaban entornadas; había tres que eran como tres emboscadas y que sacudían sus nervios como otras tantas bocas de cañón. Sentía que jamás volvería a estar suficientemente amurallado y defendido contra las miradas escrutadoras de los hombres; anhelaba hallarse en su casa, cercado por paredes, enterrado entre sábanas, invisible para todos salvo para Dios. Y al ocurrírsele esto se admiró un poco al recordar historias de otros asesinos y el temor que, según dicen, sienten de vengadores celestiales. Por lo menos, a él no le sucedía tal cosa. Temía las leyes de la naturaleza; temía que en su insensible, inmutable proceso conservaran alguna infame prueba de su crimen. Temía diez veces más, con abyecto terror supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna ilegalidad preme-

ditada de la naturaleza. Él hacía un juego de destreza, dependiendo de las reglas, previendo los efectos de las causas. ¿Y si la naturaleza, así como el tirano derrotado arrojaba al suelo el tablero de ajedrez, quebraba las normas de la causalidad? Tal había ocurrido a Napoleón (según decían sus biógrafos) cuando el invierno apareció a destiempo. Tal podría acaecer a Markheim: las paredes sólidas podrían volverse transparentes y revelar sus acciones como la colmena de vidrio revela el trabajo de las abejas; los sólidos tablones podrían ceder bajo sus pies, como un tembladeral, y retenerlo entre sus garras; ¡ay!, y aún podrían sucederle accidentes menos fantásticos: si, por ejemplo, la casa se derrumbaba y lo aprisionaba junto al cuerpo de su víctima, o si el edificio vecino se incendiaba y los bomberos la invadían por todas partes. Estas cosas temía; y, en cierto sentido, todas ellas podían considerarse como las manos de Dios castigando el pecado. Pero en cuanto a Dios mismo, Markheim estaba tranquilo; su acción era indudablemente excepcional, pero también lo eran sus motivos, que Dios conocía; ante él y no ante los hombres estaba seguro de obtener justicia.

Cuando hubo llegado a salvo a la sala, y cerrado la puerta tras de sí, conoció una tregua en sus alarmas. La habitación estaba desmantelada, sin alfombra, y sembrada de cajones y muebles incongruentes: varios grandes espejos de pared, altos, en los cuales se contemplaba desde diversos ángulos, como un actor en un escenario; muchas pinturas, con marco y sin marco, vueltas contra la pared; un hermoso aparador Sheraton, un armario de marquetería y una cama antigua, inmensa, con colgaduras. Las ventanas llegaban hasta el suelo; pero, por extraordinaria buena suerte, la parte inferior de las celosías estaba cerrada, ocultándolo a los vecinos. Entonces Markheim trajo una caja hasta el armario y empezó a probar las llaves. Era un trabajo largo, pues había muchas; y fastidioso, además, porque al fin de cuentas quizá

no hubiera nada en el armario y el tiempo volaba. Pero la atención que exigía la tarea le sirvió de sosiego. Con el rabillo del ojo vigilaba la puerta; hasta le echaba una ojeada directa de vez en cuando, como el comandante sitiado que se complace en comprobar el buen estado de sus defensas. Pero, realmente, estaba tranquilo. La lluvia hacía en la calle un ruido natural y grato. Poco después, del otro lado, las notas de un piano despertaron a la música de un himno y muchas voces infantiles entonaron su melodía y sus palabras. ¡Qué sublime y confortadora era esa melodía! ¡Qué frescas esas voces infantiles! Markheim, mientras probaba las llaves, escuchaba sonriendo la música; y en su pensamiento se agolpaban ideas e imágenes asociadas a ella: niños en la iglesia y el retumbar del gran órgano, niños en el campo, o bañándose en el arroyo, niños que paseaban por las zarzosas tierras comunales o remontaba cometas en el cielo ventoso y surcado de nubes; y luego, a otra cadencia del himno, otra vez la iglesia, y la somnolencia de los domingos estivales, y la voz aguda y amable del párroco (y al recordarlo sonrió un poco), y las tumbas pintadas, de tiempos de Jacobo I, y la borrosa inscripción de los Diez Mandamientos en el presbiterio.

Y mientras estaba así, ocupado y abstraído a la vez, una alarma le hizo ponerse en pie de un salto. Un relámpago de hielo, un relámpago de fuego, un explosivo borbotón de sangre lo recorrieron, y luego se quedó traspasado, espeluznado. Un paso subía la escalera lenta y firmemente, y a poco una mano se apoyó en la falleba, el pestillo sonó con un ruido seco y se abrió la puerta.

El miedo apresó a Markheim en su cepo. Ignoraba quién aparecería: si el muerto andando, o los dispensadores oficiales de la justicia humana, o un testigo casual que entraba ciegamente para mandarlo a la horca. Pero cuando un rostro surgió por la abertura, echó una ojeada a la habitación, lo miró, asintió con la cabeza, lo saludó amistosamente, como si lo reconociera, y luego volvió a retirarse, cerrando la puerta tras

de sí, el miedo de Markheim perdió todo dominio y estalló en un grito ronco. Al oírlo, el visitante regresó.

—¿Me llamó usted? — preguntó en tono afable. Después entró en la habitación y cerró la puerta.

Markheim se quedó mirándolo fijamente, con los ojos muy abiertos. Tal vez tuviera una nube en los ojos: el contorno del recién llegado parecía cambiar y ondular como el de aquellos ídolos a la luz oscilante de la bujía que iluminaba la tienda; y por momentos creía conocerlo; y por momentos pensaba que se parecía un poco a él; y siempre, como un peso de viviente terror, abrigaba en su pecho la convicción de que *eso* no pertenecía a la tierra, ni a Dios.

Sin embargo, mientras miraba a Markheim, sonriente, el visitante tenía un aire extrañamente vulgar, y cuando agregó: “¿Busca usted el dinero, verdad?”, lo hizo en un tono de cortesía cotidiana.

Markheim no contestó.

—Debo advertirle —prosiguió el otro— que la criada ha dejado a su galán antes que de costumbre y que pronto estará de vuelta. No necesito pintarle las consecuencias si llegasen a encontrar al señor Markheim en esta casa.

—¿Me conoce usted? — exclamó el asesino.

—Hace mucho que es usted uno de mis favoritos —dijo el visitante, sonriendo—, hace mucho que lo vengo observando y a menudo he tratado de ayudarlo.

—¿Quién es usted? —exclamó Markheim—. ¿El diablo?

—Quien yo sea —replicó el otro— no tiene nada que ver con el servicio que intento prestarle.

—¡Tiene que ver! —exclamó Markheim—. ¡Y mucho! ¡Ser ayudado por usted! ¡No, jamás, no por usted! Usted no me conoce todavía. ¡Gracias a Dios, no me conoce todavía!

—Le conozco —repuso el visitante, con una especie de benévola severidad, o más bien firmeza—. Le conozco a fondo.

—¡Conocerme! —exclamó Markheim—. ¿Quién podría conocerme? Mi vida no es más que una parodia y una calumnia de mí mismo. He vivido para desmentir mi propia naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos los hombres son mejores que el disfraz que los va cubriendo y los asfixia. Los vemos, arrastrados por la vida, como una víctima envuelta en un manto y raptada por sus asesinos. Si los hombres se gobernarán solos, si usted pudiera verles las caras, le parecerían completamente diferentes: ¡resplandecerían como héroes y como santos! Yo soy peor que la mayoría; mi yo está más encubierto aún; Dios y los hombres conocen mis pretextos. Pero, de tener el tiempo necesario, podría revelar lo que soy.

—¿A mí? —preguntó el visitante.

—A usted, sobre todo —contestó el homicida—. Pensé que era usted inteligente. Pensé, puesto que existe, que sería usted buen lector del corazón humano. ¡Y sin embargo usted quiere juzgarme por mis actos! Piénselo bien: ¡mis actos! He nacido y he vivido en tierra de gigantes; gigantes me han arrastrado por las muñecas desde que salí del vientre de mi madre: los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted quiere juzgarme por mis actos! Pero ¿acaso no puede ver más adentro? ¿No puede comprender que aborrezco el mal? ¿No puede leer dentro de mí el diáfano texto de la conciencia, jamás empañado por ningún sofisma voluntario, aunque demasiado a menudo desatendido? ¿No puede leer en mí algo que debe ser ciertamente tan común como la humanidad: el pecador a pesar de sí?

—Todo eso está muy bien expresado —fué la réplica—, pero no me concierne. Esos detalles de moral no son de mi incumbencia, y no me importa en absoluto qué fuerzas lo arrastren, siempre que lo arrastren por el camino adecuado. Pero el tiempo vuela; la criada se demora

mirando las caras de la multitud y las figuras de los anuncios, pero se acerca. ¡Y recuerde que es como si la horca misma viniera hacia usted por las calles de Navidad! ¿Quiere usted que lo ayude, yo, que lo sé todo? ¿Quiere que le diga dónde encontrará el dinero?

—¿A qué precio? — preguntó Markheim.

—Le ofrezco ese servicio como regalo de Navidad — repuso el otro.

Markheim no pudo abstenerse de sonreír con una expresión de amargo triunfo.

—No —dijo—, no aceptaré nada de sus manos; si me estuviera muriendo de sed, y ellas me acercaran el cántaro a los labios, sabría encontrar fuerzas para rechazarlo. Tal vez sea credulidad, pero no haré nada que me entregue al mal.

—No pongo reparos a un arrepentimiento “in articulo mortis” — observó el visitante.

—¡Porque no cree en su eficacia! —exclamó Markheim.

—No digo eso —repuso el otro—; pero juzgo estas cosas desde un punto diferente, y cuando la vida ha concluído mi interés desaparece. El hombre ha vivido para servirme, para difundir tristezas con la excusa de la religión, o para sembrar cizañas en los trigales, como hace usted, en un proceso de débil complicidad con el deseo. Entonces, cuando ya se acerca tanto a su liberación, sólo puede agregar un acto de servidumbre: arrepentirse, morir sonriendo, alentando así con nueva esperanza a los más timoratos de mis fieles supervivientes. No soy un amo cruel. Pruébeme. Acepte mi ayuda. Goce de la vida como ha hecho hasta ahora; goce más ampliamente, apoye los codos sobre la mesa, y, cuando empiece a caer la noche, cuando se corran las cortinas, le aseguro, para su tranquilidad, que hasta le será fácil arreglar su disputa con la conciencia y hacer una paz favorable con Dios. Precisamente vengo de un lecho de muerte así, y la alcoba estaba llena de sinceros condolientes que escuchaban las últimas palabras del moribundo; y cuando escudriñé

aquel semblante, que se había opuesto como un pedernal a la misericordia, lo hallé sonriente de esperanza.

—¿Y supone usted que soy una persona de la misma especie? —preguntó Markheim—. ¿Cree que no tengo aspiración más generosa que pecar, y pecar, y pecar, y, al final de todo, entrar a hurtadillas en el cielo? Mi corazón se subleva de sólo pensarlo. ¿Es ésta, entonces, su experiencia de la humanidad? ¿O acaso porque me encuentra con las manos rojas presume en mí tanta vileza? ¿Y es realmente tan sacrílego este crimen, el homicidio, para secar hasta la última gota las fuentes mismas del bien?

—El homicidio no constituye para mí una categoría especial —replicó el otro—. Todo pecado es un homicidio, así como toda vida es una guerra. Contemplo a la raza de los hombres como si fueran marineros hambrientos en una balsa, arrancando mendrugos de las manos del hambre y alimentándose de las vidas de los demás. Estudio el pecado más allá del momento de su comisión; siempre descubro que su consecuencia final es la muerte; y la linda doncella que con gracias seductoras engaña a su madre para poder ir a un baile exuda ante mis ojos sangre humana no menos visiblemente que un asesino como usted. ¿Dije que estudio el pecado? También estudio la virtud; no los diferencia el espesor de una uña; ambos son guadañas para el ángel segador de la Muerte. El mal, por cuya causa vivo, no es acción, sino carácter. Me complazco en el hombre malo, no en el acto malo, cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos suficientemente a lo largo de la impetuosa cascada de las edades, quizá parecerían más benditos que los frutos de las más puras virtudes. Y si me ofrezco a favorecer su fuga no es porque usted haya matado a un comerciante, sino porque usted es Markheim.

—Le abriré mi corazón —repuso Markheim—. Este crimen en que usted me ha descubierto es el último que cometo. En mi camino hacia él he aprendido muchas cosas; él mismo es una lección, una tre-

menda lección. Hasta ahora he sido arrastrado a hacer lo que no quería; era un esclavo de la pobreza, sumiso y maltrecho. Hay virtudes robustas que pueden resistir a estas tentaciones; las mías no son así: yo tenía sed de placeres. Pero hoy, gracias a este acto, recojo admonición y riqueza a la vez; el poder y la nueva resolución de ser yo mismo. Empiezo a ser en todo sentido un actor libre en el mundo; empiezo a verme completamente cambiado; mis manos serán instrumentos del bien, mi corazón estará en paz. Algo de cuanto he soñado en aquellas tardes del sábado, oyendo el órgano de la iglesia, de cuanto imaginé al derramar lágrimas sobre nobles libros, o de lo que hablábamos con mi madre cuando yo era una criatura inocente. Allí está mi vida; he vagado algunos años, pero ahora veo de nuevo mi lugar de destino.

—¿Va a jugar ese dinero a la Bolsa, verdad? — le preguntó el visitante—. ¿Y en ella, si no me equivoco, ya ha perdido usted algunos miles?

—¡Ah! —dijo Markheim—, pero esta vez juego sobre seguro.

—Esta vez también perderá — repuso tranquilamente el visitante.

—¡Sí, pero guardaré la mitad! — exclamó Markheim.

—También la perderá — dijo el otro.

La frente de Markheim empezó a cubrirse de sudor.

—¿Qué importa? —exclamó—. Supongamos que pierda, que vuelva a hundirme en la pobreza, ¿acaso una parte de mí, y la peor, continuará hasta el fin venciendo a la mejor? Mal y bien corren parejos dentro de mí, tiran de mí en ambos sentidos. No prefiero una cosa, las prefiero todas. Puedo concebir grandes proezas, renunciamentos, martirios; y aunque descienda a crimen tan bajo como el asesinato, la piedad no es extraña a mis pensamientos. Compadezco al pobre. ¿Quién mejor que yo conoce sus aflicciones? Lo compadezco y lo ayudo; aprecio el amor, me gusta la alegría sincera; no hay cosa buena o pura en la tierra que yo no ame de corazón. ¿Acaso mis vicios diri-

girán únicamente mi vida y mis virtudes quedarán inermes, como un peso muerto en el entendimiento? No; también el bien es una fuente de acción.

Pero el visitante alzó un dedo.

—Durante los treinta y seis años que ha permanecido usted en este mundo —dijo—, lo he visto hundirse progresivamente a través de muchos cambios de fortuna y variaciones de carácter. Hace quince años se hubiera usted asustado de un hurto. Hace tres hubiera retrocedido ante la sola palabra asesinato. ¿Existe ahora algún crimen, alguna vileza que lo haga retroceder todavía? ¡Dentro de cinco años lo veré practicarlos! Cuesta abajo, cuesta abajo: tal es su camino; ni hay cosa alguna que pueda detenerlo, sino la muerte.

—Es verdad —asintió roncamente Markheim—. Hasta cierto punto he sido cómplice del mal. Pero así ocurre con todos: los mismos santos, en el simple ejercicio de vivir, se vuelven menos exigentes y se adaptan al medio.

—Le haré una sencilla pregunta —dijo el otro— y según su respuesta le leeré su horóscopo moral. Se ha hecho usted más negligente en muchas cosas; tal vez tenga razón para ello, y, sea como fuere, lo mismo ocurre a todos los hombres. Pero, admitido esto, ¿siente usted que en algún sentido, por nimio que sea, le cuesta más justificar su conducta, o es en todo cada vez más indulgente consigo mismo?

—¿En algún sentido? —repitió Markheim, reflexionando angustiosamente—. No —añadió, desesperado—, ¡en ninguno! He descendido en todo sentido.

—Entonces —dijo el visitante—, confórmese con lo que es, pues no cambiará nunca; y el texto de su papel en este drama está irrevocablemente escrito.

Markheim permaneció largo rato callado y el visitante fué el primero en romper el silencio.

—Siendo así —dijo—, ¿quiere que le muestre el dinero?

—¿Y por qué no mostrarme piedad?

—¿No la conoce ya? —replicó el otro—. ¿Acaso no lo he visto en el estrado, hace dos o tres años, junto a los predicadores ambulantes, y no era su voz la que cantaba con más fuerza los himnos?

—Es verdad —dijo Markheim— y ahora veo claramente cuál es mi deber. Le agradezco desde el alma estas lecciones; mis ojos están abiertos, y al fin me contemplo tal cual soy.

En ese momento la nota aguda de la campanilla de la puerta resonó en toda la casa; y el visitante, como si ésta fuera alguna señal concertada que hubiera estado esperando, cambió al punto de actitud.

—¡La criada! —exclamó—. Ha regresado, como se lo advertí, y ahora sólo le queda a usted la salida más difícil. Debe decirle que su amo está enfermo; debe hacerla entrar, con semblante tranquilo pero grave. ¡Nada de sonrisas, nada de exageraciones, y le prometo que tendrá éxito! Una vez que la muchacha esté adentro, y la puerta cerrada, la misma destreza que ya lo ha librado del comerciante le permitirá eliminar de su camino este último peligro. Después tendrá toda la tarde, toda la noche, si fuere necesario, para explorar los tesoros de la casa y asegurarse la impunidad. Esto que viene a usted con la máscara del peligro es en realidad una ayuda. ¡Ánimo! —exclamó—. ¡Ánimo, amigo, su vida está en la balanza; ánimo, y a la obra!

Markheim miró resueltamente a su consejero.

—Si estoy condenado al mal —dijo—, aún me queda una puerta de salvación abierta: puedo dejar de obrar. Si mi vida tiene que ser forzosamente nociva, puedo abandonarla. Aunque me encuentre, como dice usted con verdad, a merced de toda tentación, por pequeña que sea, aún puedo colocarme con un gesto decisivo más allá del alcance de todo. Mi amor al bien está condenado a la esterilidad: ¡es posible, y que así

sea! Pero todavía me queda mi odio al mal; y en él, para su amarga desilusión, verá usted que puedo encontrar energía y valor.

Las facciones del visitante empezaron a mostrar un cambio maravilloso: se iluminaron y se suavizaron en una tierna expresión de triunfo, y, al iluminarse, se fueron desvaneciendo, desdibujando. Pero Markheim no se detuvo a observar o a comprender la transformación. Abrió la puerta y bajó la escalera muy lentamente, meditando. Su pasado desfiló desnudo ante él, lo contempló tal como era, feo y tenaz como un sueño, impensado como un homicidio fortuito: un cuadro de desolación. La vida, tal como la veía, ya no le tentaba; pero a lo lejos advirtió un puerto tranquilo para su barca. Se detuvo en el pasillo y miró hacia la tienda, donde la bujía seguía ardiendo junto al cadáver. Había un silencio extraordinario. Mientras se quedaba mirándola pulularon en su cerebro recuerdos del anticuario. Y en seguida la campanilla rompió una vez más en un clamoreo impaciente.

Enfrentó a la criada en el umbral con algo que parecía una sonrisa.

—Conviene que vaya en busca de la policía —le dijo—. He asesinado a su amo.

R. L. STEVENSON

(Traducción de B. R. Hopenhaym).

E L E G Í A

Hija de Alceste, resignada y dócil
al sacrificio de tu diaria muerte,
pozo en que vuelcan sueños y deseos
las dominantes venas de los hombres,
¿qué flecha de crueldades renovadas
hirió tu corazón de corza leve?
¿Qué Dios de voluntad inapelable,
sordo a tu queja y a tu rostro ciego,
te castigó, terrible, con la dura
cadena del amor que no se nombra?

En tus insomnes ojos se reflejan
horas sin nombre, rostros sin futuro,
amargos simulacros donde el alma
muere del mismo bien que la sustenta.
Y tu cuerpo, que pródigo se ofrece
al anónimo tacto de las sombras,
como estatua de arena deleznable
al tocarlo y gozarlo se consume.

¡Oh la perenne sed y la tortura
de tus ardientes labios dolorosos
al borde de la fuente donde nace,
sin brotar nunca, el agua codiciada!
Ninguna boca buscará la tuya
lejos del rito inmemorial del lecho,
espejo de tinieblas luminosas
donde rostro ninguno se contempla.

Tú no tendrás quien baje a los infiernos
a rescatar del fuego tu memoria,
ni lograrás, Eurídice salvada,
perdones de los dioses por la lira.
No llorarán los ojos de los castos
la repetida muerte de tus sueños,
ni una corona de palabras puras
te ofrecerán los otros, lujuriosos.

¡Oh milenaria víctima de Admeto,
cordero de callados sacrificios,
perpetua pasajera, te conozco!
En el silencio elemental del goce,
yo supe tu verdad irrevocable.

Llora por ti, ruega por ti. Las mieles,
los recónditos frutos de tu seno,
el jugo de la sangre detenido
sin llegar a los surcos de tu vientre
—ricos mendigos de sus propios dones,
de sus tesoros imposibles, ávidos—,
se agotarán, inútiles, intactos.

¡Adiós! Tu sombra fugitiva queda
un instante no más en la memoria
como el ala del pájaro en el lago,
como canción que volverá mañana
sin que podamos recordar en dónde
su conocida música aprendimos.

ROQUE JAVIER LAURENZA

LOS ANTIJUDÍOS FILOSEMITAS

El adoctrinamiento democrático por una parte, la moralidad instintiva por la otra, y el deseo de vivir entre gente de buenos modales por encima de todo, obligan a muchos miembros de la sociedad a ser filosemitas. Esto no impide que sean antijudíos, aunque no se conduzcan como los antijudíos declarados: no arremeten contra los judíos en público, no intervienen en las persecuciones, matanzas y saqueos. Por el contrario, en algunas ocasiones defienden a los judíos, en otras los protegen y siempre condenan la violencia con que son vejados por los antijudíos exentos de piedad. Pero el deber moral que acatan de no confundirse en la práctica con los torturadores y asesinos del judío, no les impide fundirse con ellos en secreto: pensar como ellos, pensar que ellos tienen probablemente razón, odiar o despreciar todo lo judío igual que ellos y, quizá, aun más profundamente. Huelga subrayar que aquí no se trata de las personas que fingen simpatizar con el judaísmo para poder llevar a cabo sus hazañas anti-semitas con más comodidad y eficacia, sino de las que son antijudías por instinto y filosemitas por civilización.

A menudo, estos seres paradójales son más peligrosos y nocivos que los sostenedores unilaterales de la judeofobia, no sólo porque desempeñan, por providencia, o sea, en cierto sentido, involuntariamente, el papel del lobo en la piel del cordero y porque despistan a la opinión pública con mayor facilidad, sino porque a causa del abismo que se abre en su alma están aún menos en paz con ella misma que el franco antijudío. Si el antijudaísmo es la consecuencia de un estado de irritación que se reproduce permanentemente, ¡cuánto enojo no irá formándose en un hombre que se debate entre su judeofobia y su filosemitismo!

Algún día descubrirá que nació para ser hipócrita y cínico. Si sus bajos

instintos no lo hacen antijudío militante o si sus sentimientos elevados no lo convierten en un amante del judaísmo, es fácil que tome gusto a su ambigüedad y, sin querer ser ni cínico, ni hipócrita, cultive a la vez, y por todos los medios a su alcance, su filosemitismo, su judeofobia y el escepticismo en que ambas actitudes desembocan.

Su filosemitismo no lo llevará lejos, pues el judaísmo es algo tan fuerte, tan duro, tan difícil de cultivar y tan alejado de aquella irresponsable frivolidad en que los hombres suelen moverse, que ninguna simpatía tibia experimentada ante él puede dar provecho. La actitud filosemita en sí no vale más que el término con que se expresa, término negligentemente acuñado por los que no tomaron en cuenta que nadie iba a emplearlo frente a los árabes. La actitud filosemita recuerda la protección que se confiere a los animales. Los judíos no reclaman compasión; los judíos reclaman acatamiento. Ellos saben muy bien por qué son perseguidos. Si fueran peores que otros hombres o si sus propósitos carecieran de sublimidad, no se los perseguiría, porque nunca en la historia una mayoría de la humanidad persiguió el mal. En el fondo sólo son de fiar aquellos amigos y aquellos enemigos del estilo judío de vida que darían todo lo que tienen por verlo prosperar, o verlo perecer, respectivamente.

Hasta el filosemitismo más o menos libre de rencores antijudíos, hasta aquel filosemita cuya simpatía hacia los judíos se halla sólidamente cimentada en la admiración, en una comprensión intensa, en el amor o la íntima amistad, no puede negar muchas veces la razón de existir a las configuraciones más inescrupulosas de la judeofobia, ante todo porque, mientras el judaísmo es una forma de vida poco menos que impenetrable, no hay apenas nada más fácil que despreciar al individuo judío dotado de su humana defectuosidad.

Es más: el judío atrae el desdén. A los mismos judíos no les resulta cómodo estimar a sus hermanos. Hay judíos que aman el judaísmo y *su* judaísmo, sin amar a los judíos. No cabe duda de que un fenómeno análogo se da también en otras culturas, pero ahí no reviste sino dramatismo. Resulta trágico el abismo que se abre en todo lo judío, entre el hombre y las cosas, porque las criaturas judías son llagas producidas por su fidelidad para con el judaísmo.

Como creían no deber sucumbir al igual de aquellas culturas que colocan el heroísmo supersticioso por encima de su íntima misión, desde hace dos mil años los judíos tuvieron que dejarse mutilar física, psíquica, espiritual y hasta moralmente. Casi nunca pudieron vivir a sus anchas; casi siempre tuvieron que aga-

zaparse en escondrijos para poder ser ante la deidad lo que eran ante ellos mismos. Los idólatras, los paganos, los ateístas y también los defensores de las grandes religiones deseaban que no tuvieran razón: que su Dios no fuera Dios, que su ley moral no fuera la Ley y que sus esperanzas no fueran esperanzas humanas. Durante dos mil años las generaciones no se contentaron con privarlos de sus bienes móviles, de sus hogares y de sus vidas, sino que los obligaron a renunciar a profesiones como la del médico —para la cual parecían haber nacido y en la que se ponía de manifiesto el bien que eran capaces de hacer— empujándolos hacia el comercio y la banca donde tendrían que sucumbir a las tentaciones y donde era fácil exhibirlos a la ira pública. Se los vejaba hasta que se volvieran espantosos, y no sólo para que lo fueran, sino principalmente para poder despreciarlos.

De ahí que los judíos sean sólo indirectamente encarnaciones del judaísmo y efigies de la deidad. Los judíos llegaron a ser trágicos espectros: de ellos mismos, del judaísmo y de la verdad vertiginosa que les fué dado revelar.

Para aquilatar el orbe judaico con justeza se debería contemplar, al mismo tiempo, a los judíos, el judaísmo, la historia judía y el destino excepcional que gravita sobre todo lo judío. Los observadores de nuestra época deberían pensar en lo que los nacionalsocialistas hicieron con los judíos.

Pero esto es una pretensión no humana. No se puede exigir a los hombres, ni siquiera a los de muy buena voluntad, que tengan presente en cualquier momento que la historia judía no fué, en cierto sentido, ni más ni menos que una sola vorágine y que los judíos son unos náufragos desgarrados y deformados por la avidez de perdurar. ¡Cuánto menos se puede esperar de seres dentro de los cuales revolotea el antijudaísmo que hagan otra cosa sino considerar y contemplar lo que les llena los ojos hacia dondequiera que dirijan su mirada!

Son muy pocos los espíritus que hacen abstracción de las desfiguraciones que exhibe el judío y que testimonian su pasado de horror; son aun menos los que se enfrentan con ellas impávidamente para interpretarlas con seriedad intensa, y casi nadie piensa exclusivamente en el judaísmo al topar con un individuo israelita, como se hace con el helenismo porque ya no hay helenos de la antigüedad. En tanto que casi todo el mundo juzga el judaísmo por el judío de la calle, como si ambos fueran una y la misma cosa, casi nadie juzga al judío de la calle por el judaísmo —por lo que significa el judaísmo—, a pesar de que todo el

mundo debería comprender que una empresa espiritual tan audaz como la judaica ha de dar forzosamente más derrotas que triunfos.

Se cree y se quiere hacer creer que el judaísmo es una causa tan poco sublime como parece expresarlo el exterior del judío destrozado por las penurias y la autodefensa. En esto va la ilusión ardiente del filosemita falaz, porque el día en que el judaísmo sea tenido por algo que se parece a un hombre encorvado, de ojos sangrientos, de piernas enjutas y curvas y que tiembla de fiebre y de pánico, nadie dará ya al judaísmo la importancia que se le ha dado hasta ahora.

El antijudío de jaez filosemita tiene un interés apremiante en poder suponer que el judaísmo es algo tan mísero como el judío mísero, pues, en tanto que el cazador de judíos es inescrupuloso, ese antijudío avergonzado es una víctima de su pudor y de su falta de pudor.

El tener que ser filosemita por buena educación, sin poder arrancarse del fuero interno esa aversión instintiva contra los judíos que se parece tanto a la aprensión que se experimenta ante la miseria, la enfermedad y el sufrimiento, es susceptible de producir conflictos de conciencia. Mientras el antijudío unilateral es siempre un ser obcecado y romo, el antijudío filosemita puede tener una gran sensibilidad y ser digno, en cierto sentido, de compasión, no sólo porque se debate sin resultado entre el bien y el mal, sino, principalmente, porque lo que hay de bueno en él es civilización y lo que hay en él de malo es instinto. Es como si su alma estuviera hendida oblicuamente o en zig-zag.

¡Ah, si el filosemita antijudío supiera siempre con claridad y lucidez que en última instancia es un enemigo de los judíos! Lo sabe el intelectual de gran frialdad: el sociólogo y el narrador de cuentos hábilmente contruídos. No lo sabrá el matemático, el físico, el astrónomo, porque son éstos precisamente los que suelen adivinar que la relativa exactitud de sus ciencias desemboca en las nebulosas de la gran duda. Por regla general el filosemita antijudío cree ser, sin mentir, un amigo sincero del judío y del judaísmo; si vislumbra algo de su animosidad recóndita la reprime para que deje de molestarlo y para que le permita declararse solidario con la causa judía, libre de vicios y desenfadadamente. Puesto que es tan difícil penetrar en el sentir de los judíos y que parte de los mismo judíos sobrevivientes del siglo XX no quieren saber nada ya de las reacciones intensamente judaicas, muchos antijudíos filosemitas pueden suponer incluso que se comportan casi exactamente como los judíos. Un ejemplo de este estado de cosas lo dan ciertos amigos del sionismo y del Estado judío palesti-

nense que apoyan las exigencias de los fundadores de ese Estado como si se tratase de su Estado y de su fundación. Obrando en nombre de la justicia social, de la ética, del humanismo y del equilibrio político, creen obrar en nombre de la vida judía. Sin embargo no es leal la ayuda de todos, por mucho que les doliese su falta de lealtad si se volviera en ellos consciente.

La existencia de los antijudíos filosemitas importa un peligro tan grande para los judíos porque les hace suponer que cuentan con más amigos de los que tienen en realidad. Los judíos se dejan engañar de buen grado porque su número es muy reducido y porque se sienten muy solos confían en hombres como Bernard Shaw y Thomas Mann; confían intensamente en el Sumo Pontífice. En este sentido resulta también conmovedor registrar la inclinación que experimentan hacia Gran Bretaña a pesar del mal que de allí les viene. Es natural que el inglés medio no pueda ser comparado con el antijudío alemán; es natural que se tenga, justificadamente, por filosemita. No obstante, suele ser tan filosemita como antijudío. Tal vez le guste cultivar una judeofilia leal, que se opone en los hechos a sus intereses políticos peculiares. El antijudaísmo de los ingleses, en ocasiones fino como un céfiro, es quizá el más moderado, el más contenido y el menos maligno que existe. No por eso deja de ser una de las formas más serias y graves de la judeofobia, porque el judaísmo representa una tentativa espiritual tan sutil que la hostilidad fina le causa, a la larga, más daño que la burda. La bestialidad de los nacionalsocialistas hirió de muerte al judaísmo, pero al mismo tiempo lo favoreció, porque nadie puede asistir a procedimientos tan monstruosos sin socorrer finalmente a la víctima. Desde que la Iglesia Católica abandonó sus métodos inquisitoriales enunciando ideas corteses como la de la espiritualidad semita de los católicos, el judaísmo fué socavado intensamente, mucho más intensamente que cuando la hoguera incitaba a los judíos al martirio.

En otro lugar se demostró que las culturas sucumben cuando carecen de la suficiente sensibilidad para favorecer, en cualquier forma que sea, las aspiraciones religioso-espirituales de los judíos, porque el judaísmo es aquel módulo de la sensibilidad por el cual se miden las posibilidades de la sobrevivencia. No son pocos los individuos filosemitas que se compenetraron con esta realidad y que llegaron a desangrarse por la humanidad judía. Pero mientras no se desangren no son de fiar, porque entonces fallan en los momentos decisivos. Como su compenetración con el torrente de la savia judía no obedece, por lo común, a voces

atávicas, como lo atávico en ellos pide, por instinto, otra cosa, su fidelidad no tiene, aproximadamente, más valor que la de unos neófitos vacilantes.

No cabe duda de que ciertos miembros de la misma judeidad de nuestro tiempo —después de la hecatombe organizada por el nacionalsocialismo alemán— se parecen de manera sorprendente a los filosemitas antijudíos gentiles. La forma abyecta con que la judeofobia alemana arrastró por el suelo las últimas envolturas de la inocencia y del pudor, tuvo por consecuencia que muchos judíos adoptaran una postura de rencor y resentimiento no poco semejante a la de los filosemitas inseguros. Claro está: salvo los casos en que el judío mortificado se convierte en azote de los judíos, a través de un juego alterno de remordimientos y actos de venganza, es difícil que llegue a ser más antijudío que filosemita, y siempre tendrá cierta ventaja sobre el antijudío no-judío: siempre titubeará instintivamente antes de actuar como enemigo de su propia causa. En él acaece lo contrario de lo que sucede en el filosemita gentil: su posible judeofobia es una resultante de la civilización, mientras que su filosemitismo es instintivo.

Sin embargo, no valdría la pena contemplar detenidamente la figura del filosemita antijudío si éste no formase en la sociedad una capa densa y extensa, si esa capa no tuviese, por lo menos, el mismo espesor que la de los judíos inescrupulosos, si no revistiese una importancia infinitamente más grande que la de los amigos inquebrantables del judío y si —ante todo— la fuerza de sugestión que ejerce sobre la opinión pública no fuese tan siniestra como es. Es siniestra porque toda persona, para estimar el judaísmo y la judeidad, tiene que haber trabajado en el perfeccionamiento de su propio ser y obtenido, por consiguiente, dones de persuasión: según el mensaje que trae, nocivos o bienhechores.

En la esfera de los filosemitas de valer, se lee mucho y no pocas veces apasionadamente. Es más, al dar con un círculo de lectores que inspiran admiración, se suele dar con un flúido filosemita. Pero ¡qué extraño! El arte y la filosofía griegos, la literatura francesa, los libros ingleses sobre Egipto, la poesía china, el budismo, la metafísica del cine, he aquí las materias preferidas por el público que simpatiza con la judeidad. Este público no lee libros sobre cosas judías. ¿Por qué? ¿Tan bien las conoce que no le hace falta saber más sobre ellas? No, ciertamente. Por lo común el filosemita ignora lo que ocurre en las entrañas de los fenómenos judaicos y, por lo común, algo hay en él que se resiste a romper el cerco de su ignorancia. ¿Cómo armoniza esta actitud con el comportamiento natural de un hombre culto? ¿No representa esto, acaso,

una negligencia imperdonable? Representa una forma de la autoconservación. La mayoría de los amigos del judío pueden ser lo que son, al menos ante el judío, porque desconocen la realidad de aquello hacia lo que se inclinan. Temen conocerla porque temen dejar de ser filosemitas una vez vislumbrado lo que anteriormente se les ocultó. Se niegan a escudriñar los problemas judíos, igual que muchos propulsores de la judeofobia, y ambos insisten instintivamente en su negación para no tener que modificar sus respectivas convicciones. Tan frágiles son las convicciones de ambos. Instigado por una rara intuición, el lector filosemita da su preferencia a temas exóticos, tal vez con la recóndita ilusión de poder fortificar su endeble simpatía por los caminos judíos a través de libros sobre culturas de Oriente aparentemente vecinas de Israel y muy amadas por la gente que lee. El enemigo de los judíos suele saber mejor que el amigo lo que le conviene saber y lo que le conviene ignorar. Colocado en un plano de igualdad con el amigo titubeante de los judíos, no teme aguzar la vista; al revés del antijudío filosemita, botín de su pusilanimidad, que desea no ver casi nada, el antijudío, azote de los judíos, quiere ver el mal.

El filosemita arcanamente antijudío de nuestros tiempos se niega incluso a enterarse de los martirios sufridos por el judío, víctima de los nacionalsocialistas. Por instinto de conservación se resiste a creer en la muerte de seis millones de judíos, porque, de realizar este hecho hasta sus consecuencias últimas, sentiría sobrevenir la catástrofe. ¿Qué catástrofe? ¿Se volvería loco? Se volvería aún más antijudío, pues por lógica —por esa lógica que se funda en lo que se impone— tendría que decirse que nadie ahoga o estrangula a millones de seres sin tener motivos para hacerlo. No se atreve a tratar de comprender lo incomprendible, por miedo a comprender lo que tal vez no le convenga. De esta suerte le conviene hacer como si apenas supiera del hundimiento de aquella humanidad. Por buena educación no se asusta ni se sorprende; impávido, habla de aquello como de algo que es de lamentar. En realidad aquello no le dice nada, porque es necesario que no le diga nada. El hecho de que alguien haya hecho perecer en forma abyecta a seis millones de hombres, mujeres, niños y criaturas recién nacidas, no le dice nada. Según se enunció en otro lugar, se estremecería si, por milagro, nacieran de golpe seis millones de judíos.

El filosemita antijudío es un antijudío tolerante. El filosemitismo se funda en la tolerancia, y la tolerancia se funda, por su parte, en la duda, de no ser toda

ella ni más ni menos que duda. Y así la duda de la tolerancia lleva, a un tiempo, al filosemitismo y a la judeofobia.

En estos círculos de filosemitas impuros no se lee nada o casi nada sobre el judaísmo. No se sabe siquiera qué es la Torá; qué significa el Antiguo Testamento para la historia del hombre; para la historia y para el hombre. Se evita hasta las conversaciones sobre el judaísmo, sobre todo con el judío, y, en general, aquellas conversaciones que podrían desembocar en confesiones comprometedoras. Cualquier aclaración de esta índole produce un choque y un disgusto. El filosemita inseguro teme permanentemente que pudiera ir corroborándose en él cierto siniestro presentimiento celosamente contenido y retenido. A sus diálogos con el judío les suele conferir una ligereza especial que permite cambiar de tema en cualquier momento. Siempre parece estar implorando a su amigo judío que no lleve más allá las cosas, que no exagere, que no revuelva las aguas mansas de la apacibilidad filosemita, que no descienda hasta los fondos, que se contente con tener un amigo que lo trata de igual a igual y que no pida lo imposible. Ante todo parece rogarle encarecidamente que no sea más judío de lo indispensable: que no acaricie su arcaica religiosidad.

Con esta actitud, además, el filosemita no muy seguro de sí mismo pide a su amigo judío que no sea intransigente y que trate de comprender: le hace ver que no es fácil ir contra la corriente; que él, el judío, debería ayudarle para que él, el no-judío, pueda hacerle el bien que le quiere hacer, y que no debe protestar si el bajel de ese bien se limita a navegar con las velas recogidas, de noche y en silencio.

Este filosemita desea que su simpatía judaizante sea un secreto para el resto de la humanidad, argumentando que en estos tiempos de judeofobia candente, la ayuda prestada desde el escondrijo es más apreciable y más eficaz que la mano que busca a la mano amiga exponiéndose al riesgo público.

Ese filosemita desea también que el judío mismo no hable —o, de hablar, que no se ufane— del Antiguo Testamento como crónica vivida y escrita por sus gentes. ¡Ah, si esa crónica no contuviese más que el Decálogo y si no fuese, al mismo tiempo, una crónica imperecedera de los pecados! Los amigos tibios de la judeidad, aquellos que creen tener que pregonar pálidas virtudes del judaísmo, no se atreven a comprender que la cultura hebrea pudo legar la ley moral a las demás culturas por haber vaciado hasta las heces el cáliz del mal. En suma:

este filosemita quisiera que el judío hiciese un secreto de su existencia judaica, y que le deje hacer otro de su inclinación judaizante.

El secreto es deseable en esos círculos porque convierte una cosa al parecer humillante —el judaísmo— en una cosa excitante.

No es ésta una observación burlona: el filosemitismo de los seres antijudíos por oposición y projudíos por sensibilidad intensa, puede ser una pasión muy respetable, con tal que sea una verdadera pasión. No importa que represente un secreto y que evolucione secretamente. Es más fácil adivinar la realización con que sueña el judaísmo que calcularla; raras veces se enuncia un disparate más grande que tildando al judaísmo de materialista. Aquel filosemita cuyo filosemitismo evoluciona como una recóndita pasión estrechamente envuelta en secretos es probablemente el enemigo más noble y menos nocivo de los que se oponen a la judeidad, por fuerte que sea la intención proselitista que fluye por debajo de su filosemitismo.

En su calidad de estilo ardientemente religioso de la vida, el judaísmo es, al fin de cuentas, romanticismo religioso, romanticismo religiosamente apasionado, una pasión románticamente religiosa. Según se expuso en otro lugar, el judaísmo quiere ser el arte de la candente religiosidad. Casi ninguna de las simpatías por el gran cometido judío surgidas en el transcurso del siglo XX arrojó frutos verdaderamente admirables, porque casi ninguna se componía de elementos más arrolladores que la compasión, la decencia, el sentimiento justiciero o la democrática sensibilidad. Casi ninguna se elevó a una verdadera pasión.

El judaísmo, sí, es una pasión; por tanto el filosemitismo debería ser también una pasión, pasión que abarque todo lo judío. Importa poco si es oscura, oculta, vaga, temblorosa o informe. El ser así es el derecho y, a veces, el deber de la pasión. Lo que importa es que sea cálida y no fría, que sea en algún sentido aguda y no endeble.

El judaísmo quiere aniquilar la modorra de la idolatría: la hipocresía, la adulación, el plagio, la pereza mental, espiritual y moral, la sed del poder y de dominación, la creencia de que el triunfo sobre un vencido es un triunfo de la humanidad, el estilo irresponsable y frívolo de la vida, el instinto utilitario y aquel engaño atávico que coloca el embeleso por encima de la inspiración.

¿Exagera el judaísmo si se tiene a sí mismo por una pasión ardiente? ¿Pide demasiado al pedir que el filosemita por convicción y antijudío por instinto haga de su filosemitismo una pasión auténtica?

El amigo antijudío de los judíos no tiene que sacrificar su antijudaísmo si quiere emprender algo útil en favor de lo que pretende estimar. Lo que tendrá que sacrificar es su indolencia, su apatía, su superficialidad y su susceptibilidad ante la faz de sufrimiento, de testaruda autodefensa y de exagerada arrogancia o humildad, adoptada por pánico, que llevan los judíos. Los filosemitas pueden ser antijudíos con tal que no sean ni ateístas ni idólatras. Incluso pueden conservar y cultivar su desconocimiento en cuanto a las honduras aproximadamente insondables de la naturaleza judía. Hay que consentirles también esto, pues la experiencia de seis mil años ha demostrado que al amigo de otra cultura, de otra religiosidad y de otro estilo de vida no le conviene compenetrarse con lo que le es ajeno exhaustivamente, ya que su estructura y configuración propias y peculiares lo empujan cada vez con intensidad acrecentada hacia errores más terribles de interpretación.

¿Puede comprender el judío la fe del católico? La sentirá como una forma augusta del fatalismo oriental. Señalando la España del siglo XVI, creará tener que declarar que esa fe adormeció los esfuerzos que hubieran hecho falta para enfrentarse con el mal de la degeneración. ¿Puede comprender el cristiano la angustia judía? En vez de interpretarla como la conciencia puesta al desnudo, verá en ella masoquismo, pusilanimidad o el reverso de la impertinencia. Es natural no poder compenetrarse con la singularidad de la causa ajena y vecina; es más natural no poder hacerlo que poder hacerlo. Toda convivencia es difícil y un poco contra natura. Para atenuar esa dificultad que gravita sobre las generaciones como su azote más atroz, para disminuir las guerras, los fratricidios, los asesinatos y también los suicidios —el asesinato cometido por un yo en otro—, surgió la humana religiosidad.

“Fíate de hombre religioso aunque profese religión distinta de la tuya”, escribió en el siglo XI el maestro hispanoárabe de la sabiduría Ben Hazm, “y jamás te fíes de hombre ligero y descreído aunque parezca profesar tu propia religión. Para las cosas encomendadas a tu cuidado, no pongas tu confianza en hombre que desprecia las prohibiciones divinas”.

He aquí un mensaje interreligioso y neutral que el judío dirige a ese su extraño amigo a la vez antijudío y projudío.

MÁXIMO JOSÉ KAHN

NOTAS

MARÍA DE MAEZTU

Fué en la antigua sala de los "Amigos del Arte", en 1926. Acababa yo de dar mi primera conferencia. Menuda, perdida en su abrigo de *petit gris*, una mujer desconocida se acercó a mí y me estrechó la mano con efusión. Su mirada, muy azul, me seguía y me intimidaba. Empezó a hablar con palabra rápida y elocuente. Yo la escuchaba, cohibida por aquel don verbal tan ajeno a mi naturaleza. Este juego estaba llamado a durar años.

No sólo en las conferencias que dió durante su primera estadía entre nosotros, sino en mi casa, adonde pronto tomó la costumbre de venir a diario, María de Maeztu hablaba y yo escuchaba. Yo la traía hacia aquellos temas que me interesaban (la educación de la mujer, por ejemplo) y escuchaba incansablemente. Ella me contaba sus experiencias como fundadora y directora de la *Residencia de Señoritas* de Madrid; sus luchas del comienzo, sus decepciones y su éxito final —pues la *Residencia* era en aquel momento una empresa floreciente—. Nuestro tema favorito —aquel al que volvíamos de continuo— era la emancipación de la mujer. Emancipación era para mí sinónimo de educación y María tenía mucho que enseñarme a ese respecto. Como éramos de la misma opinión en la materia no había discusión posible entre nosotras. Y como María era elocuente —don que a mí me falta por completo—, María hablaba y yo bebía sus palabras. Así pasaron las semanas y se establecieron los lazos de nuestra amistad. Yo trataba de explicar a María, en términos torpes, lo que Mounier iba a puntualizar tan magníficamente en uno de sus ensayos, años más tarde: "La opinión pública parece plantearse únicamente problemas de hombres, en que sólo hombres tienen la palabra. Varios cientos de obreros trastornan la historia en cada país porque se han dado cuenta de su opresión. Un proletariado espiritual

cien veces más numeroso, el de la mujer, continúa fuera de la historia sin causar asombro. Su situación moral no es sin embargo más envidiable, pese a apariencias más brillantes. La imposibilidad para la persona de nacer a su vida propia —que a nuestro parecer define al proletariado todavía más esencialmente que la miseria material —es el destino de casi todas las mujeres, ricas y pobres, burguesas, obreras y campesinas”. Recuerdo haber leído estas líneas a María cuando aparecieron. Resultaba tan milagroso que un hombre, católico y latino, las hubiese escrito. La emancipación de la mujer, pese a las apariencias, es un hecho que este siglo verá, comentábamos. Por el momento sólo hay en nuestros países latinos un pequeño número de libertas. No obstante, la emancipación de todas las mujeres llegará como la de todos los siervos. Ya está en el aire desde hace tiempo. Inútil será que sus adversarios traten de impedirla. Pero si la educación, la instrucción no acompañan a la emancipación, de nada servirá. La ignorancia anulará o pervertirá sus efectos. Es, pues, primordial y urgente, terriblemente urgente, que las mujeres reciban una educación, una instrucción tan cuidada como la de los hombres. Y esto no ya mañana, sino hoy mismo; y no ya hoy mismo, sino en este preciso instante. ¡Ay, si no, de las consecuencias!, y que los hombres no se sorprendan luego.

Estas interminables conversaciones me ligaban cada vez más a María, pues no la quería sólo por ella misma; la admiraba por la obra tan ardua que llevaba a cabo, contra viento y marea, gracias al torrente de energía y a la excepcional voluntad de trabajo que la animaba. Hacer marchar —y bien—, en España, una institución como la *Residencia de Señoritas* no era tarea para perezosos y apocados en los momentos en que María la emprendió.

“¡La educación de la mujer, la educación de la mujer, no hay problema más urgente!”, repetíamos como maniáticas, caminando de arriba abajo por los cuartitos del departamento de la calle Montevideo en que yo vivía entonces, y que, desde luego, no estaban a la medida de este peripatetismo agudo. “Dígalo, usted que sabe hablar. Dígalo a derecha e izquierda, al norte y al sur. ¡Por Dios, dígalo!”, le suplicaba. Y María, perdida en su abrigo de *petit gris*, entraba y salía de mi casa, a cualquier hora, llevada por la marea de su propia elocuencia, el paso menudo, los ojos azules, los entusiasmos grandes y las indignaciones mayores aún.

La vi manos a la obra en Madrid, en su *Residencia*, unos años más tarde. En dos ocasiones fuí su huésped. María llamaba a mi puerta tempranito, cuando

apenas tomado el desayuno holgazaneaba en la cama: "Adelante. ¿Vestida ya de punta en blanco? ¿Lista para arremeter?", le decía bostezando, riendo y despezándome. "Trabajando, Victorita, trabajando", contestaba ella con un tono de cómica desesperación. Pero ¿acaso hacía otra cosa de la mañana a la noche? María saboreaba su trabajo, lo paladeaba. Había siempre en torno suyo como la persistencia de un zumbido de colmena. Jamás la sorprendí inactiva. Siempre en movimiento, como la llama o el mar. Y, sin embargo, cosa rara en una persona de temperamento, era esencialmente ordenada y perseverante. En su casa de la calle Fortuny, en Madrid, donde había reunido libros y muebles de su preferencia, cada cosa tenía su lugar y lo conservaba. Nada tirado en las mesas, las sillas, las camas. A María le horrorizaba la bohemia en cualquiera de sus manifestaciones. El mismo orden escrupuloso se restablecía en todos los cuartos, en todos los departamentos en que se instalaba.

De los más apartados rincones de España llegaba a la *Residencia* ese material humano, esa juventud femenina a la que había consagrado su vida. La obra bien lo valía. María no podía quejarse de su suerte, aunque el trabajo fuese duro y la lucha continua y subterránea. Ella no se quejaba. Yo la he observado a mis anchas en uno de esos momentos compensadores que la indemnizaban de los sinsabores acumulados. Era un 24 de diciembre en la *Residencia*. María me pidió con candoroso orgullo que asistiera a esa cena. Alumnos y profesores se habían sentado en torno de las grandes mesas cargadas de platos especialmente preparados para la ocasión. Claro que no todas las alumnas, me explicó María, sino sólo aquellas que por alguna razón no han podido volver a su casa para festejar la Navidad. Quedaban bastantes, sin embargo, y de todas las provincias. María, rodeada de esta alegre juventud reunida por ella bajo un mismo techo, gozaba del espectáculo. Era feliz. Lo habría adivinado sólo con mirarla mirar los platos abundantemente servidos y los comensales risueños y satisfechos.

La revolución española puso fin, con súbita violencia, a esta felicidad. Su sombra se extendió sobre la casa de la calle Fortuny. María se encontraba en Francia cuando estalló; pero quiso volver a ocupar su puesto en la *Residencia* a toda prisa y no se resignó a abandonar la partida sin defender sus derechos. ¿Cómo no luchar hasta el último instante para tratar de conservar lo que había construido con sus propias manos y tantos desvelos?

La situación de María en España era, no sólo delicada y complicada, sino angustiosa, por razones ideológicas y sentimentales. Advirtiéndolo hasta qué punto

podía esta situación agravarse, le había rogado por teléfono y por cable que viniera a mi casa, en Buenos Aires. Ella no aceptó en un principio esta solución demasiado cómoda. Pero no tuvo pronto más remedio que rendirse a la evidencia: la *Residencia* no era ya su *Residencia*. La amargura atroz de esta comprobación, unida al dolor que le produjo el fusilamiento de su hermano preferido, Ramiro, fueron para ella golpes terribles. No quedaron en ella como cicatrices ocultas; la marcaron como cuchilladas irremediablemente ostensibles, cuya existencia no puede ser ignorada ni del que las lleva ni del que las mira.

Gracias a la intervención de Julio Álvarez del Vayo, entonces ministro de Relaciones, que demostró tanta eficacia como buena voluntad, cosa que siempre le agradeceré, obtuve que María pudiera, en circunstancias penosas y difíciles, salir de Madrid. Ricardo Baeza fué también, en esos momentos de aflicción, un gran apoyo para ella; nunca cesó de recordarlo y subrayarlo.

Llegó, por fin, sana y salva, pero deshecha y llorosa, a Buenos Aires, para dar unas conferencias bajo los auspicios de SUR. Ese trabajo tuvo por lo menos el mérito de ocuparla inmediatamente y de distraerla. Me contó su odisea, entremezclando los episodios trágicos con las anécdotas cómicas — pues María podía ser extremadamente ocurrente y brillante cuando estilizaba sus aventuras e inventaba diálogos, prestando a sus interlocutores una elocuencia y una fluidez de expresión que probablemente jamás tuvieron.

Un día, detallándome una conversación con un miliciano, me contó que él la había tratado de “árbol caído”. Estas palabras la habían extraordinariamente ofendido e indignado. Las recordaba con frecuencia. Dos o tres años después repetía aún lo del “árbol caído” en un tono de broma, pero con un resto de irritación.

El caso es que nadie en el mundo merecía ese epíteto menos que María. Después de haber perdido aquello que más le importaba, material y espiritualmente, conservó un valor intacto para el trabajo y una sorprendente vitalidad. El “árbol caído”, enderezado después del vendaval, hechó de nuevo raíces. En pocos meses la vi hacer pie de nuevo en la vida, interesarse en cosas y gentes, esbozar proyectos. Durante su período de convalecencia moral vivió en mi casa y raro era el día en que no pasáramos algunas horas conversando; incluso discutiendo, pues a fuerza de frecuentarla había acabado por soltárseme la lengua y nuestras opiniones no eran siempre las mismas.

Vi a María por última vez una tarde de septiembre, en SUR, en aquel escri-

torio adonde vino tan a menudo a aportarme su ayuda. Esa noche salía yo para New York. No tuvimos realmente ocasión de hablar: otras personas entraban y salían; sobre mi mesa se apilaban las pruebas del número inglés, y en mi cabeza los problemas de traductores y traducciones. Creo recordar que hasta se ofreció para corregir pruebas. Siempre estaba dispuesta, a pesar de sus múltiples ocupaciones, a prestar auxilio a los desventurados que no teniendo la costumbre de un trabajo disciplinado perdemos la cabeza ante la menor dificultad y nos ahogamos en un vaso de agua. Una generosa manía la llevaba a agradecer a los demás los favores que le debían. Exageraba la importancia de las menores cosas que sus amigos hacían por ella y no concedía ninguna a las que ella hacía por ellos. Llevada por esta corriente, María rebasaba a menudo la medida en el elogio de los que quería. La malevolencia se apresuraba a tomar como adulación lo que en su naturaleza no era sino un exceso de fervor.

No la he conocido muerta y me es imposible imaginar su rostro enmudecido por la ausencia de lo que lo mantenía al alcance de nuestra voz. En mi memoria María lleva aún su abrigo de *petit gris* y levanta hacia mí sus ojos claros. Se me aparece como cuando pasaba la cabeza por la rendija de la puerta, tempranito, en Madrid, y me remordía el prolongar mi sueño mientras ella comenzaba su tarea. También esto tendré que agradecerle. Esta gran trabajadora no cesa de trabajar en la imagen que de ella guardo.

Sospecho que jamás conoció la pereza. Pero conoció, de seguro, el más justificado descorazonamiento y se sobrepuso a él. De esta oscura virtud conservo el más límpido recuerdo. María tenía muchas otras; pero ninguna me inspiró, en ella, un tan profundo y tierno respeto.

VICTORIA OCAMPO

“CUATRO AÑOS EN PARÍS”

Victoria Kent, cuya inteligencia militante recuerdo desde los días en que ambulaba por los pasillos claustrales de la Universidad madrileña, tuvo luego ocasión de probar esa doble cualidad públicamente cuando fué elegida diputado en las Cortes Constituyentes de la segunda República española. En efecto, desafiando la impopularidad, sobreponiéndose al alud gregario de un feminismo

descarriado que favorecía a la reacción, bregó entonces casi solitariamente contra la temprana y peligrosa —según los hechos no tardaron en demostrar— concesión del voto a la mujer. Fué un acto de clarividente arrojo. Mostró el temple de una mujer difícilmente intimidable.

Virtudes semejantes muestra este libro, su primera y sorprendente manifestación literaria. *Cuatro años en París*¹ es un testimonio de sus vicisitudes físicas y espirituales durante ese cuatrienio oprobioso, de 1940 a 1944, bajo la svástica. Pues Victoria Kent, víctima de la conjura calumniosa que cerró las puertas de algunos países americanos a las gentes republicanas, hubo de someterse forzosamente a aquella prueba. Buscada, perseguida por la policía nazi-franquista, en su condición de “roja”, de exilada republicana española, con la amenaza constante del fusilamiento o del campo de concentración, sin tener la posibilidad de pasar siquiera a la “zona libre” de Francia, ya que carecía de todo documento, supo, logró, no obstante, filtrarse a través de los riesgos, llegando indemne al día de la liberación.

Este breve resumen de sus peripecias —nada excepcionales, infelizmente, claro está, compartidas por otras muchas mujeres y hombres— bastará para calcular cuán rico material dramático se hallaba en condiciones de ofrecernos a la hora de articular literariamente sus recuerdos y experiencias. Ahora bien, faltábale a Victoria Kent otra experiencia previa, la literaria, y por ello es visible cómo paga ahora la novatada. Un literato avezado —y éste es, en general, el punto flaco de casi todos los libros primerizos sobre la resistencia— hubiera optado en un trance parejo cabalmente por prescindir de la literatura: habríanos dado escueta, minuciosamente —poniendo sólo el arte, el artificio en la selección e iluminación de los pormenores— su verídico testimonio. Así lo ha hecho, por ejemplo, al narrarnos su prisión norteafricana, Philippe Soupault en *Le temps des assassins*, uno de los mejores libros de la resistencia en la literatura francesa, y del que tal vez por eso mismo —dado el sesgo azaroso de la publicidad inflacionista— aun no se ha escrito nada.

Victoria Kent ha elegido otro procedimiento, mejor dicho, no se ha plegado a ninguno definido. De ahí la técnica ambigua que caracteriza su libro. En la primera parte, “Las cuatro paredes”, se inclina más bien hacia la transposición novelesca: es el monólogo de un recluso, a solas con su amenaza cons-

¹ SUR, Buenos Aires, 1947.

tante. En la segunda y en las subsiguientes domina el testimonio directo, la impresión cotidiana. La misma desigualdad se hace visible en el tono y en el estilo. Mientras las primeras páginas se hallan atravesadas por reflexiones ideológicas, las restantes cargan el acento sobre lo documental y vivido. Si al principio hay quizá un exceso de preocupación "literaria", luego la balanza se inclina, por momentos, a lo grandilocuente, con leves resabios de oratoria política. No faltan los croquis del natural, más eficaces en su sobriedad descriptiva —tales como las escenas del campamento de judíos en el Velódromo de Invierno y otras sobre la cárcel de Drancy.

Hallándose íntimamente empapada de admiración y afecto por las virtudes heroicas que durante la ocupación supo mostrar una parte del pueblo francés, en contraste con la cobardía y el espíritu acomodaticio de otras, Victoria Kent, radicalmente española, apunta certeros rasgos de psicología comparada. "¿Qué es lo que falta a este pueblo —pregúntase en cierto momento— o qué es lo que le sobra?" Y razona así: "Este pueblo es un pueblo lleno de dudas; mide, pesa y titubea porque razona mucho, razona demasiado. El movimiento espontáneo y viril que salva una situación no puede ser vacilante; ante el peligro no se puede titubear. Un acto como el que hubiéramos deseado no puede producirse en Francia porque el francés no es espontáneo. Este hecho se hubiese podido dar en España, porque en el español la vida pasa por las venas, pero en el francés la vida está en el cerebro, y lo que no ve claro no lo acomete. Toda la realidad de hoy es un caos, y el francés, frente al caos, no encuentra nada que hacer. Él quisiera obrar, porque el francés tiene el sentimiento de la justicia, pero quiere primero comprender, y como hoy los acontecimientos llegan la víspera, la duda del francés deja pasar el momento en que una firme decisión cambiaría la trayectoria de muchas acciones".

Así, pues, esta mujer valerosa entiende que "la acción reclama un estado de pasión" y, por su parte, sabe conciliar el ímpetu con la lucidez reflexiva, sin olvidar en ningún momento sus raíces. De esta forma, cuando en la página postrera, mezclada a la multitud, contempla, el 26 de agosto de 1944, la entrada en París de las tropas libertadoras, no puede reprimir su emoción al advertir que entre los primeros tanques desfilantes figuran los ocupados por españoles, con estos nombres evocadores, vengativos: "Guadalajara", "Teruel". Lamentablemente han pasado cerca de cuatro años y los países vencedores parecen más olvidados que nunca de pagar esa deuda.

GUILLERMO DE TORRE.

A LOS INTELLECTUALES COMUNISTAS DE HISPANOAMÉRICA

Aun cuando no comparto muchas de vuestras más caras convicciones (por ejemplo, vuestro entusiasmo por la dictadura que en la teoría se llama del proletariado y en la práctica es la del mariscal Stalin; por ejemplo, vuestra fe en que los tanques pesados o los paracaidistas del Ejército Rojo traerán el paraíso sobre la tierra), lo cierto es que muchas veces convivo con vosotros, y oigo que empleamos palabras que suenan con el mismo regocijante sonido.

Entre ellas no suele faltar la palabra Libertad. Verdad es que, para mí, la libertad constituye un supuesto imprescindible para la dignidad de la vida, mientras que, para vosotros, la libertad así concebida no pasa de ser un sentimental prejuicio pequeño-burgués, y desde luego un magnífico medio que os permite el planteo de vuestro procedimiento dialéctico para llegar a suprimirla cambiándola por la soñada dictadura.

Quiero decir todo esto para mostrar lealmente nuestras diferencias insalvables —conozco en este particular vuestro tesón y el mío— antes de proponeros con igual lealtad una actitud común.

Acaba de publicar toda la prensa del mundo, y entre ella la de nuestro país, una noticia según la cual el Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S. habría reprendido pública y severamente a varios de los más grandes músicos rusos, entre los que se encuentran Prokofief y Schostakovitch, por su música “antidemocrática”, contraría al gusto de las masas soviéticas y a las directivas del actual plan quinquenal del camarada mariscal. Como es ya costumbre en ese país, los “culpables” habrían reconocido su pecado, y prometido enmendarse.

Todo esto es incalificable. El primer derecho de todo creador es el de equivocarse, si algún mérito han de tener sus aciertos. Lo de la música “antidemocrática” es de un absurdo delirante. Lo de la intromisión de un partido político, sea el que fuere, para imponer normas a los creadores artísticos, es ya algo más que ridículo: es siniestro, y si ese partido político ejerce la dictadura en ese país, tal actitud importa un peligro mortal para su cultura.

Mi credulidad tiene un límite, aun tratándose de los inevitables desafueros de lo que se ha dado en llamar la “cultura dirigida”.

¿Cómo podéis permanecer vosotros en silencio ante la divulgación de esto

que puede ser una monstruosa patraña destinada a demostrar que vuestro partido que proclama la libertad cuando no tiene el poder, apenas lo consigue se identifica con las más execrables normas del partido nazi? ¿Cómo no habéis sospechado de inmediato ciertas concomitancias de esta noticia con el plan Truman? ¿O es que la creéis verosímil?

Os invito pues, formalmente, a que protestéis en público contra las empresas de noticias que difunden semejantes informaciones calumniosas contra vuestro partido. Y os acompañaré cordialmente en esa protesta, siempre y cuando, de comprobarse que dicha noticia fuese exacta, me acompañéis en la protesta contra la cavernaria organización capaz de ponerse en evidencia con semejantes medidas o, en caso contrario, os abstengáis de volver a pronunciar jamás la palabra libertad.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

EL MARQUÉS DE SADE

“Les Cahiers du Sud”, en su número de fin de año, aumenta con seis nuevos textos la ya copiosa apología de Sade. (Citemos, de paso, algunos de los muchos estudios sobre Sade aparecidos en Francia después de la guerra: la *Biografía* del malogrado Jean Desbordes; *Sade, notre prochain*, de Pierre Klossowski; el *Prefacio* de Jean Paulhan, que publicaremos en uno de nuestros próximos números, a la primera versión de *Justine*; por último, el ensayo de Maurice Blanchot en “Temps Modernes”.)

La contribución de “Les Cahiers du Sud” lleva como epígrafe general un párrafo del *Memorial de Santa Elena*. Napoleón alude con Las Cases a una novela de Sade: “el libro más abominable que pudiera inventar el autor más depravado”, pero Las Cases no recuerda de qué autor ni de qué libro se trata. La indignación de Bonaparte y el olvido de su memorialista refuerzan el primer artículo del número, unas páginas no demasiado originales de Louis Parrot. Parrot se limita a glosar la consabida opinión de Guillaume Apollinaire: “Sade es el espíritu más libre de todos los tiempos. Aunque no influyó para nada en el siglo XIX, bien podría dominar el siglo XX”. Sin embargo, el poeta de *Alcools* no discernía lo

bastante la potencia subversiva que hay en la obra de Sade. Su redescubrimiento se debe, sobre todo, a Breton y sus amigos.

Como buena parte de los espíritus subversivos del siglo XVIII, dice Parrot, Sade se encuentra desplazado en la sociedad a la vez revolucionaria y regenerada que deja entrever, que contribuye a formar y cuyo triunfo espera, si bien este triunfo significa su propia condena. Sus libros, escritos en ese lenguaje solemne y severo que da un aire de familia a todos los memorialistas de fines del siglo XVIII, están atravesados por resplandores fulgurantes, por ideas nuevas y devastadoras: legado de un hombre que no pactó nunca con nada, ni con la familia ni con la patria, y que carecía de todo falso respeto hacia sí mismo, para que las inscribamos en una "Declaración de los espíritus realmente libres".

Es curioso cotejar estas páginas con el artículo que cierra el número: Jean Torel, basándose en citas de *La Philosophie dans le Boudoir*, que Apollinaire consideraba como el *opus sadicum* por excelencia, hace algunas reflexiones sensatas —quizá, demasiado sensatas— sobre la influencia política de Sade, y lo considera un "agente provocador". "Los peores enemigos de la República —dice— no hicieron de ella una caricatura tan odiosa como este revolucionario aparentemente convencido. Parecería que Sade hubiese buscado la prueba por *reductio ad absurdum* de la malignidad del ateísmo y de la imposibilidad de todo gobierno republicano. La filosofía social que edifica, y para la cual busca las más sólidas bases, persigue como única finalidad la existencia de un Estado en donde no encuentre obstáculos el hombre que quiera ser lobo. Un mundo donde el hombre lobo sea omnipotente por medios comparables a los que ofrece la magia. Sade, como un niño, trastorna el mundo porque éste se resiste a su deseo; no puede ser en él todopoderoso; en ese mundo hay un margen infranqueable entre la realidad y su sueño. Por eso crea sin cesar nuevos héroes, monótonos como su sueño, intercambiables, mecánicos. Hechizados. Estos héroes, que se alzan contra un universo que nunca les da su lugar, estos maniáticos de la rebelión, de la crueldad y de la justicia, habrán de ser creados en serie por el romanticismo. Por el romanticismo y, después, por el oleaje de folletinistas. Rocambole. Fantomas."

La interpretación surrealista del número de "Les Cahiers du Sud" está a cargo de André Masson. Según Masson, el descendiente de la Laura de Petrarca se consagra por completo a buscar las leyes del erotismo y no cesa hasta descubrir,

aquí y allá, una obsesión, una particularidad, una manía —en ocasiones, ínfima— que le permitan perfeccionar su *Suma*. Los actos de sus personajes serán problemas —problemas del deseo— resueltos y prolijamente demostrados. Que triunfen, ante todo, la razón y la ciencia. Esta escuela de altos estudios sádicos despliega sus ceremonias, ritos y misterios bajo una iluminación teatral, en lugares simbólicos, casi todos tributarios de la novela inglesa. En *Juliette*, Sade llega a la cúspide de su imaginación: grandes decorados italianos, blasonados de sangre, y al fondo, como es debido, un volcán en erupción. Trascibimos el último párrafo del artículo:

“El episodio de las mujeres desnudas que sirven de moblaje (tan cuidadosamente, tan justamente elegido por Breton para su *Antología del Humorismo Negro*) representa el extremo del ensueño en este filósofo ignorado. Aquí, aunque todas las posturas sean realizables, domina la hipérbole de una exigente y sana sensualidad. A tal punto, que bastaría para desalentar a la especie más vana de los hombres: los censores — si algo pudiera desalentarlos. Por el contrario, estas visiones colmarán de bienestar a un lector honesto, que cultive sin remordimientos, sin temor y sin ambajes

La santa flor del placer”.

“Sade o el abogado de las formas”, inteligente ensayo de René de Solier: “En esa estatuaría compuesta, el lector acaba por admitir una complicidad entre verdugos y víctimas y asiste a este logro extraordinario: *La novela negra atea*, donde se reemplaza lo sobrenatural por el absolutismo concentracionario del gesto humano.”

Pierre Klossowski insiste en “la oportunidad de estudiar la obra de Sade” y se defiende de haber escrito el libro antes citado para confesarse, actuar sobre sus íntimos y dirigirles una exhortación. El caso Sade —dice— nace del conflicto que cierto hombre ha vivido bajo disciplinas espirituales cristianas. Ofrece, primero, el espectáculo de un espíritu en oposición a su condición carnal, porque, sabiendo que no es espíritu puro, aspira a la libertad del espíritu puro; segundo, el espectáculo de una carne en oposición a su condición espiritual, porque se sabe no exclusivamente determinada por la sangre. Esto explica el papel de la violencia en un autor aparentemente pornográfico, violencia que sólo conoce su valor rompiendo las formas eróticas naturales y que sólo parece sentir su calidad

de espíritu que quiere ser puro en las humillaciones que la carne hace sufrir al espíritu. Sade es inseparable del escándalo, pero el escándalo no existe, no puede existir sino en el mundo de una fe que ofende o a la cual se ofende. En nuestro actual mundo incrédulo ya no hay escándalo en el sentido propio de la palabra. El escándalo está en la ausencia de escándalo, y el mundo de la incredulidad se concibe, en sí, *como el sacrilegio por ausencia de sacrilegio*. En este mundo Sade pierde todo interés. Para comprender a Sade, dice Klossowski, hay que reintegrarlo y reintegrarse al mundo de la fe, donde el sacrilegio es posible. Hay que salir de lo puramente literario y de lo psicopatológico, ya que la psicopatología misma sólo trabaja para una ciencia, la Teología, a la cual debe restituirse en primer término al marqués de Sade.

Pero está visto que toda afirmación sobre el divinizado marqués evoca y casi siempre justifica la afirmación contraria. Yvon Belaval, en su artículo "Sade, el trágico", niega que Sade haya observado como hombre de ciencia los delirios que analiza (lo cual no le impide adelantarse en más de un siglo a Krafft-Ebing y al psicoanálisis). Lo define como el trágico por excelencia (en este sentido, hace notar su falta de humorismo, incluso de *humorismo negro*: Breton ha debido falsear un texto de Sade para insertarlo en su *Antología*). Niega que Sade sea un ateo, como pretende Maurice Heine, y está de acuerdo con Pierre Klossowski en que es difícil concebir a Sade sin la idea de Dios. Pero es, entendámonos, un acuerdo relativo. Dios aparece en la obra de Sade como el último adversario, el último destino que hay que vencer. "En Sade, como en Dostoievski, la voluntad del crimen es la voluntad de ser libre; el mal prueba la eternidad. Sade juega su eternidad, lo sabe, y quiere perderla para hacer fracasar a Dios. Sus delirios son los delirios de una fiesta sagrada: se trata de crear una divinidad nueva."

Por eso, ahora en franco desacuerdo con Pierre Klossowski, Yvon Belaval considera que en ningún tiempo puede explicarse mejor que en el nuestro la vigencia de Sade. "En el frontón del infierno sádico, habría que inscribir este proverbio de William Blake: El Bien es el elemento pasivo que obedece a la Razón. El Mal, el elemento activo causado por la Energía".

Y tal es —concluye Belaval— el infierno de nuestro tiempo.

“NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA”

Los estudiosos argentinos verán con regocijo la aparición en México de la antigua “Revista de Filología Hispánica”. La labor del disperso Instituto de Filología de Buenos Aires puede reanudarse en El Colegio de México —como hace notar este primer número— gracias a la ayuda de la Fundación Rockefeller (División de Humanidades), del licenciado don Carlos Prieto y de otras generosas personas. Dirige la revista Amado Alonso, ahora profesor en Harvard, y trabajan en ella Raimundo Lida, actualmente en El Colegio de México, María Rosa Lida, en la Universidad de Harvard, Enrique Anderson Imbert, en la de Michigan, y Angel Rosenblat, en la de Caracas. Todos ellos colaboradores de SUR. La “Nueva Revista de Filología Hispánica”, cuya reaparición saludamos, aviva el recuerdo que han dejado estos amigos en nuestros medios intelectuales y el pesar que nos causa su alejamiento — uno de los reveses más sensibles que ha sufrido la cultura argentina durante los últimos años.

CONFERENCIAS DE ARNOLD WALTER LAWRENCE

Arnold Walter Lawrence, Profesor de Arqueología Clásica en la Universidad de Cambridge, dará en Buenos Aires un curso de tres conferencias sobre “La formación del arte europeo”. Se ocupará, respectivamente, de “Los comienzos del arte griego bajo la influencia oriental”, de “Culminación y decadencia del arte griego” y del “Arte del Imperio Romano y su legado”. Estas conferencias, organizadas por SUR, tendrán lugar en el salón del Instituto Francés, Florida 650, los días 28 y 30 de abril y 5 de mayo. Los abonos al curso o las tarjetas para cada conferencia pueden adquirirse en nuestra revista, o, el día y a la hora en que se realicen, en el Instituto mismo. Se han fijado precios especiales para los estudiantes.

Las conferencias estarán ilustradas con numerosas proyecciones luminosas procedentes del archivo de la Universidad de Cambridge. Lawrence hablará en inglés y la señora Victoria Ocampo, directora de SUR, resumirá en castellano su disertación.

Arnold Walter Lawrence estudió en Oxford y después en la Escuela Británica de Atenas y Roma, especializándose desde joven en arqueología, como hiciera su hermano, el famoso Lawrence de Arabia, de quien es albacea testamentario. Entre sus principales publicaciones figuran: *Later Greek Sculpture and its influence*, 1927; *Classical Sculpture*, 1929; la revisión y anotación de la versión por Rawlinson de *Herodoto*, 1935; *T. E. Lawrence by his friends*, 1937, etc.

EXPOSICIÓN DEL TEATRO FRANCÉS

Una exposición del Teatro Francés, desde sus orígenes hasta nuestros días, se llevará a cabo en el Salón Peuser, del 1º al 20 de abril próximo, con los auspicios de la Oficina Cultural de la Embajada de Francia.

Esta exposición reúne un material considerable procedente de la Biblioteca Nacional de París, la Biblioteca del Arsenal, el Museo Carnavalet, los archivos de la Comedia Francesa y de la Ópera, los grandes coleccionistas franceses y las instituciones oficiales y privadas del teatro de Francia. Es un conjunto abundante, sobre todo en lo que atañe a los siglos XIX y XX, y comprende piezas de toda índole: grabados, dibujos, manuscritos, bocetos, proyectos de decorados, libros antiguos, revistas, títeres, fotografías de autores y actores. Un panorama amplio del teatro francés en el pasado y el presente. Grabados de la época recuerdan las representaciones y festejos de Versailles, los grandes actores, los autores más sobresalientes; carteles, *affiches*, bocetos de trajes y decorados reconstruyen cada momento característico de la vida teatral francesa.

En cuanto a las compañías contemporáneas, los nombres de los grandes renovadores aparecen suscitados por multitud de documentos: fotografías de escenas y decorados, de actores y "metteurs en scène", de dramaturgos y escenógrafos: Antoine, Copeau, Pitöeff, Jouvet, Baty, Barrault.

Í N D I C E

	Pág.
Disolución de la literatura, por <i>Roger Caillois</i>	7
La cita, por <i>Arturo Serrano Plaja</i>	20
Markheim, por <i>R. L. Stevenson</i>	24
Elegía, por <i>Roque Javier Laurenza</i>	45
Los antijudíos filosemitas, por <i>Máximo José Kahn</i>	48

N O T A S

María de Maeztu, por <i>Victoria Ocampo</i>	58
"Cuatro años en París", por <i>Guillermo de Torre</i>	62
A los intelectuales comunistas de Hispanoamérica, por <i>Eduardo González Lanuza</i>	65
El Marqués de Sade	66
"Nueva Revista de Filología Hispánica"	70
Conferencias de Arnold Walter Lawrence	70
Exposición del Teatro Francés	71

Todos los materiales han sido exclusivamente traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 246.807.
Título de marca N° 229.356.*

ESTE CIENTO SESENTA NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
7 DE FEBRERO DE MIL NOVECIE-
TOS CUARENTA Y OCHO EN LA
I M P R E N T A L Ó P E Z,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA